1874

ANÓNIMO

El autor del siguiente texto es anónimo y, aunque en el título se autodenomina "minero" ¿realmente lo fue?, se trata de un señor que informa a la revista *El Minero de Almagrera* de la visita que hace a distintos puntos mineros de la provincia de Almería.

Es un relato muy curioso, pues, estando en Herrerías, conoce a dos ingleses con los cuales continúa el viaje de conocimiento de distintas minas. Éstos, a lo largo del trayecto, van tomando anotaciones en sus cuadernos, algunas de las cuales nos reproduce textualmente. El texto nos permite conocer la forma de vida del minero: habitación, alimentación, trabajo. Fue publicado en Cuevas, el 16 de septiembre de 1874, con el título de "Cartas de un minero", en el famosos semanario local titulado *El Minero de Almagrera. Revista General de Minería*.

CARTAS DE UN MINERO

Supondrá V., amigo mío, que eché en el saco del olvido mi formal promesa de darle cuenta detallada de las diferentes visitas que me propongo hacer a los varios puntos mineros de esta jurisdicción afortunada, y no hay tal. Mi silencio lo motiva la escasez de noticias que podía comunicarle, circunstancia muy natural al principio de cada varada. Sin embargo, para satisfacer su natural deseo y a la vez la curiosidad de los suscriptores a *El Minero de Almagrera*, empezaré mis correspondencias relatándole mi primera excursión.

DE CUEVAS A HERRERÍAS

Encajonado con otros varios viajeros en una colosal galera, que podrá ser muy cómoda, pero que mis huesos no lo atestiguan, después de sufrir próximamente dos horas de sendos batacazos, gracias al buen camino que tuve que recorrer y a las condiciones del vehículo, llegué a este foco de inmensa riqueza, conocido con el título de *Llano de las Herrerías de Cuevas*, en el que, como usted sabe, por todas partes pisa el viajero sobre tierras mezcladas con hierro, plomo o plata; en donde se nota un febril movimiento de gentes, caballerías y carruajes que encantan al hombre amante del trabajo y de la industria; en donde goza la vista con el hermoso panorama que a su alrededor se descubre, pues tiene a sus pies los fértiles pagos del Nati, Candongo y Molería, en los que quieren rivalizar en altura, verdor y lozanía las copudas matas de maíz, con las frondosas higueras y demás árboles frutales que en aquellos campos forman caprichosos y variados bosquecillos; a su frente, el anchuroso cauce del río Almanzora y los risueños parajes de las Cunas, Nati, Dira y Bombardas, salpicados de agrestes y bellos caseríos; a su lado, la renombrada sierra de Almagrera, azulado gigante cuyo corazón está formado de ricos e inagotables minerales; allá, el antiguo lugar donde, según los datos más verídicos y descubrimientos hechos en los últimos años, tuvo asiento la gran ciudad romana *Urci*, bañada hoy en parte por el Mediterráneo, que manifiesta sus ondas azuladas salpicadas de nevada espuma y que deja oír en días de tormenta los roncos ecos de su canto aterrador; y a lo lejos, por un lado, la antigua ciudad de Vera y por otro, Cuevas, centro y metrópoli de este distrito minero y fabril.

Llegué, pues, a Las Herrerías, y como sólo encontré unos incómodos ventorrillos que pudieran darme posada, pedí alojamiento al administrador de la mina X, que amablemente me lo concedió, por lo que, desde aquí, le envío la expresión de mi profundo agradecimiento.

La aldea de Herrerías, posiblemente, en día de mercado: tipos humanos, indumentarias y hábitos de una población minera. (Gentileza de E. Fernández Bolea).

No hacía media hora que me encontraba instalado, cuando a la puerta de mi habitación aparecieron tres personas: dos extranjeros y un antiguo amigo mío, que les servía de cicerone. Aquéllos eran ingleses. El uno chapurreaba casi bien el castellano; el otro lo hablaba tan perfectamente como yo el inglés, de cuyo idioma no se pronunciar una frase. Enterado por mi amigo de que aquellos forasteros se proponían recorrer la mayor parte de las minas, visitando las profundidades de algunas, conocer las clases y forma de trabajos que en ellas se practican, y las costumbres de los operarios, en cuyos propósitos coincidían conmigo, después de los cumplimientos de ordenanza, indispensables cuando se trata con los ceremoniosos hijos de la altiva Albión, empuñé mi bastón de viaje, y emprendí mi correría con aquella trinidad.

HABITACIÓN MINERA

Lo primero que llamó la atención de los ingleses, como a mí me la ha llamado siempre, fue ver las cabezas de varios trabajadores que asomaban por unas especies de nichos abiertos en las laderas de los barrancos. Mi amigo les dijo que allí habitaban los operarios mineros. Desearon examinar aquellos cuchibaches (sic) y aproximándonos a ellos, notamos en los semblantes de los ingleses el asombro que tales habitaciones les producía. Y no es el caso para menos. Muchos de mis lectores conocen estas viviendas, pero como escribo para el público en general, creo conveniente señalar sus dimensiones. Las más capaces tienen de elevación vara y media, de largas dos, y de anchura dos y media. En estas inmundas cloacas reparan sus fuerzas en las horas destinadas al descanso uno, dos o tres camaradas. Inútil es decir que allí sólo pueden estar tendidos o sentados.

Los flemáticos ingleses abrieron sus carteras, escribieron en ellas, y he aquí lo que uno de ellos me dijo había anotado: "*Los trabajadores de las Herrerías habitan en nichos como los destinados en los cementerios a sepultar los difuntos. En estas pocilgas el aire que se respira es impuro, despiden fetidez y las más asquerosas alimañas pululan por todas partes*". La traducción de esta nota hizo salir a mi rostro los colores y trajo a mi imaginación tristes pensamientos.

VISITA A DISTINTAS MINAS

De ellos me hizo apartar el ruido acompasado de una máquina de vapor, estábamos en la mina *Equivocada*, en cuyo pozo maestro se trabaja activamente con la codicia de encontrar muy pronto la capa argentífera, que ya reconocieron en los primitivos pozos que quedaron arruinados al aparecer las aguas. Choca a mis compañeros que en la máquina se hubiese sustituido el conocido sistema de bombas por grandes cubas de hierro para la extracción de las aguas; y habiendo preguntado el por qué de tal cambio, se promovió una seria discusión entre los operarios partidarios de cada sistema, en la que ninguna opinión quedó triunfante. Los extranjeros anotaron: "*Los españoles son muy embusteros. Dicen que vale más malo conocido que bueno por conocer, y desmienten este antiguo refrán castellano*

desechando en la máquina de desagüe de la Equivocada las acreditadas bombas por....etc, etc".

Esta nota me hizo reír y riendo llegamos a *La Iberia*, en la que sólo vimos empezaban un pozo maestro, que por sus dimensiones se comprende ha de servir para máquina.

Llegamos a *S. Manuel*. Se extrae de esta mina gran cantidad de carbonatos, mientras se continúa perforando en busca de la capa argentífera. Mi amigo hizo entender a los ingleses que, hasta hace pocos años, únicamente se buscaban en *Las Herrerías* aquellos minerales, pues había la general creencia de que llegado al agua se esterilizaba el terreno; y que sólo por una casualidad se debe el descubrimiento de la segunda capa, que es hoy el objetivo a que afanosamente se dirigen las miradas de estos industriales.

Mientras anotaban los extranjeros esta sucinta relación en sus respectivos libros de memoria, nos pasamos a la superficie de la mina *Tres Naciones*, en la que vimos también muchos carbonatos y, de allí, a *La Vecina*, en la que, con gran sorpresa, nos dieron a beber agua de excelente calidad que han encontrado en lo que los trabajadores llaman *venero alto,* y del que se nos dijo se abastecían para sus usos varias minas colindantes. He dicho con gran sorpresa, porque todo el que ha visitado *Las Herrerías* sabe, que el agua que en todas las minas se ha encontrado hasta aquí es de pésima calidad. Así lo entendieron y lo anotaron en sus carteras, mis dos acompañantes extranjeros.

Visitamos *La Prima*, en la que nada de particular encontramos; después *La Alianza*, que nos proporcionó un rato de descanso sobre uno de los muchos montones de carbonatos que tiene diseminados por su superficie; de allí a la rica mina *Santa Ana*, que supimos empezaría a trabajarse en breve y que sus dueños pensaban darla a partido, y nos fuimos a *La Unión de Tres*.

Esta mina, tal vez la de más pequeña demarcación de *Las Herrerías*, pero una de las más productoras en cantidad y calidad de minerales, la hallamos parada; pero pudimos admirar las ricas y variadas clases de ellos que, procedentes de la tercera varada del año último, tiene aglomeradas en grandes cantidades en su perímetro y almacenes. Gran admiración produjo en los dos ingleses encontrar la plata nativa en medio de algunos de aquellos montones que ni siquiera manifestaban contener una pequeña partícula de mineral; pero fue mayor la sorpresa cuando, debido a la amabilidad del administrador de la mina, obtuvieron como regalo un precioso ejemplar de un mineral negruzco y feo que contiene sobre un 70 por 100 de plomo y más de 80 onzas de plata en quintal castellano.

Pasamos a ver las máquinas que para la extracción de aguas tiene esta mina y que casualmente funcionaba para dar movimiento al magnífico torno en el que el maquinista elaboraba unas piezas de hierro, cuya faena agradó mucho a los ingleses, que felicitaron al maquinista por la habilidad y conocimiento con que la ejecutaba.

Preguntamos al administrador la causa porqué una mina tan rica no se trabajaba, y nos contestó que, entre otros motivos que no podía revelar, consistía particularmente en que, habiéndose aumentado mucho las aguas, no era posible conseguir extraerlas sin poner nuevas calderas a la máquina; que se tenían pedidas dos a Bélgica e Inglaterra y hasta que estuviesen colocadas no se empezarían los trabajos. Lo que vieron y oyeron los ingleses lo anotaron con el apéndice siguiente: "*Tienen poca previsión los españoles"*. Si yo hubiera sabido inglés y me lo hubieran permitido aquellos señores, por mi propia cuenta habría añadido a la anotación "*Estos mineros no se acuerdan de Santa Bárbara más que cuando truena"*.

Nos despedimos del administrador de *La Unión*, después de concedernos licencia, (que sabremos aprovechar) para visitar el día que gustemos las labores de la mina, y nos llegamos a las tituladas *Atrevida* y *Milagro de Guadalupe*. ¿Qué he de decir de estas dos minas que ya la fama no haya publicado por todo el mundo industrial? Que continúan en gran riqueza y que, en los momentos en que nosotros visitamos la segunda, se hacía una gran retirada de minerales con destino a la fundición *S. Javier*, de la propiedad de D. Guillermo H. Huelan, cuyo señor es el principal partícipe de ella.

Nos trasladamos a *La Petronila* de cuyo pozo de máquina están abriendo una galería a Levante con la que suponen han de cortar la capa argentífera. A seguida nos llegamos por la *Virgen de las Huertas y Puerto Rico*, que aún en esta varada han empezado los trabajos.

En el terreno de estas pertenencias llamamos la atención de los ingleses sobre unos montoncitos que cubren la mayor parte de la superficie, y que no son

otra cosa que antiguos varaderos que por dilatados años han ocultado su importancia y riqueza a la vista perspicaz e investigadora de los mineros que consideraron siempre aquellos promontorios como sinuosidades naturales del terreno. Muchas preguntas hicieron sobre este particular, pero sólo pudimos contestarles que también a la casualidad se debe un descubrimiento tan importante, puesto que en algunos ensayos de los varios que de estas tierras se han hecho, han producido hasta 90 céntimos de plata; y que la opinión más admitida es que proceden de las grandes explotaciones que los cartagineses, romanos y árabes efectuaron en este país, como lo demuestran las muchas galerías que se vienen encontrando en las minas *Virgen de las Huertas y Santa Matilde*.

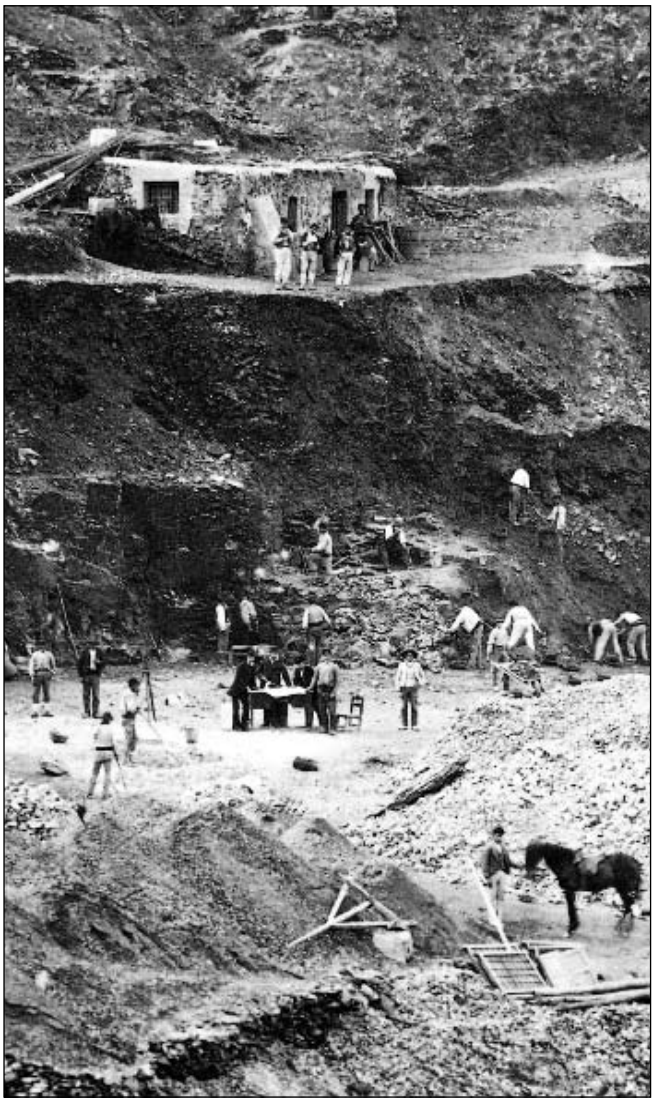
A *Santa Matilde* nos íbamos a dirigir cuando mi amigo hizo notar lo avanzado de la tarde, que no nos dejaba ya tiempo suficiente para el estudio detenido que los importantes trabajos de *La Roza* merece. Y unida esta atendible razón a la más imperiosa que nos hacían sentir nuestros respectivos estómagos, determinamos suspender nuestra excursión hasta el día siguiente, despidiéndonos afectuosamente y quedando convenidos en la hora de la próxima reunión.

UN DÍA DE TRABAJO EN LAS MINAS

Determiné buscar a mis compañeros del día anterior, aunque dudaba encontrarles despiertos, pues, según mi reloj, eran las cuatro y media de la madrugada. Me engañé. La viajera trinidad me salió al encuentro a la mitad del camino. Era más madrugadora que yo. Se había levantado antes del toque de cadena, para presenciar la salida y entrada en las minas de las remudas de operarios, y verles tomar el café, con cuyo objeto nos dirigimos a mi hospedaje, que era el lugar muy a propósito.

Usted sabe lo que significa el toque de cadena, pero muchos de los lectores lo ignoran, como igualmente que el café no es aquella aromática bebida que sirve de pretexto para que los amigos, reunidos en torno a una mesa, pasen unas cuantas horas en amigable coloquio, fumando alguna tagarina de las que el gobierno vende, o una buena breva de la vuelta de abajo, por lo que debo dar alguna explicación.

Entre cuatro y cinco de la madrugada en verano, y de cinco a seis en invierno, el ronco sonido de las caracolas despierta y reúne a la puerta de la cocina respectiva de cada mina a todos los operarios que han de trabajar aquel día. Está dispuesto el café, que es un caldo hecho con cominos, pimiento molido, ajos, aceite y sal. Se sirve en grandes lebrillos colocados en el suelo, y en ellos sopan los trabajadores con las guitarras o teleras que toman a discreción de los varios capazos que están esparcidos no lejos. Se llaman guitarras o teleras la cuarta parte de un pan de cuatro a cinco libras.



Derrumbamiento de tierras en la mina "Guzmana". Foto de J. Rodrigo, 1874-1884. (Reproducida del catálogo *El Siglo Minero*, IEA, 1991).

Concluido el café, cada minero se guarda una guitarra en la faja para tomar el bocado entre nueve y diez de la mañana; y se toca cadena, que consiste en grandes golpes que se dan sobre el torno colocado en la boca de la mina y que los operarios del interior repiten a los que hay dentro, a la vez que de unos a otros corre la voz de cadena. A este ruido y mágica palabra todos abandonan el trabajo y comienza la ascensión.

Salen primero los capataces y después los operarios, cada cual con un candil encendido en la mano, que entregan a los que le han de reemplazar, dándose mutuamente los buenos días.

Tras el último, empieza el descenso de la remuda, bajando primeramente los capataces. Ninguno al engancharse en la cuerda se olvida decir: *vamos con Dios*. Es una escena digna de presenciarse. Si no hubiera sido por las alegres coplas que cantaban los que entraban y salían, en esta ocasión que mi espíritu aún estaba agitado, tal vez hubiera creído ver la procesión de los muertos en aquellas largas hileras de luces y de hombres ennegrecidos y sucios por el sudor, el trabajo y el polvo de los minerales. Entre los cantares que oí, recuerdo el siguiente que entonaba un operario que subía:

Cuando tocan a cadena
me da un brinco el corazón,
porque concluye el trabajo
y voy a salir al Sol

Y éste, de otro que bajaba:

De la cuerda, los torneros
cuiden no se rompa un hilo,
porque si se rompe alguno
sin padre quedan mis hijos.

Estos cantares no serán modelos de poesía, pero ambos expresan perfectamente las ideas y sentimientos de aquellos trabajadores.

Ya que ha desaparecido la remuda, los trabajadores que acaban de salir se lavan las manos perfectamente y se ponen a pelar las patatas que han de servir para el rancho del medio día, y, concluida esta operación, toman el café como lo hicieron los otros, retirándose a descansar.

A las doce del día se sirve el rancho, que consiste en un potaje de habichuelas y patatas, en el mismo sitio y forma que el café. Para esta comida se toca también la caracola y cadena, pues a ella concurren todos los operarios de la mina a la voz de *rancho* que da el cocinero. El Administrador pasa entonces la correspondiente lista para anotar la falta que puedan hacer los trabajadores en la noche o día. Concluida, vuelve al trabajo la remuda que empezó su tarea por la mañana, que es relevada a su vez entre cuatro y cinco, o cinco y seis de la tarde, alternando en esta forma una y otra remuda.

Se me olvidaba decir que entre cuatro y cinco, o cinco y seis de la tarde, se llama otra vez el café, idéntica a la de la madrugada.

Durante los actos que dejo descritos, los ingleses, no contentos con escribir en sus libros de memorias todo lo que presenciaban, dirigieron a los mineros multitud de preguntas, particularmente sobre la manera como se repartían el trabajo en el interior de las minas, las que dieron motivo a chistosísimas ocurrencias, pues los operarios no comprendían de un inglés absolutamente nada, del otro, poco menos, y ellos creían dejarse entender dándoles desentonadas voces, como si hablasen con sordos.

OBSERVACIONES EN SUPERFICIE

Como mi amigo y los ingleses comprendieron que mi salud estaba algo quebrantada, aplazaron para otro día nuestra bajada a las profundidades de las minas, dedicando el resto de éste a continuar el examen de la superficie. De las observaciones que hicieron y notas que tomaron daré a usted exacta cuenta en mi inmediata carta, pues ésta se haría por demás pesada si le escribiese lo mucho que tengo que comunicarle. Queda, pues, aplazado hasta otra, su afectísimo amigo.

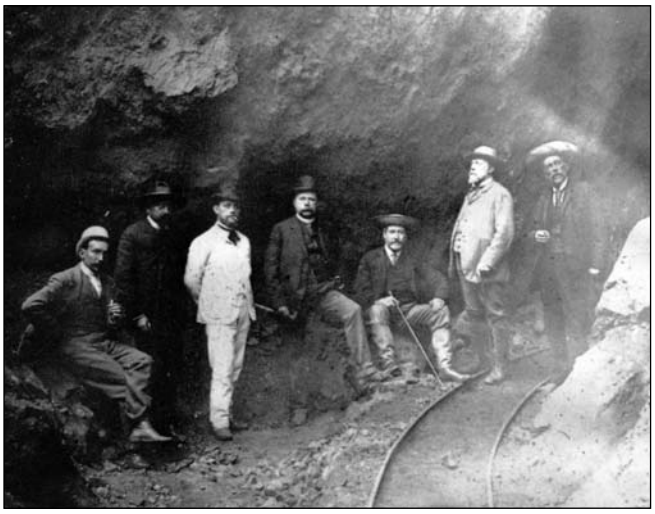
Si hoy, querido amigo, hubiera sido yo siquiera un adocenado geólogo, habría tenido motivo más que suficiente para lucir mi erudición; pero como sólo soy un pobre empírico y por ende un fogoso aficionado a la industria minera, calcule usted el compromiso que habré corrido al tener que hablar con mis compañeros de excursión de las épocas, desde la primitiva a la cuaternaria; de las fuerzas plutónicas y volcánicas; de los terrenos calcáreos y silurianos; y no sé de cuántas teorías que yo desconozco por completo. La audacia, sin embargo, me ha salvado.

Como un inglés no entiende el castellano y el otro lo conoce bastante poco, con hablar muy deprisa y citar con frecuencia los nombres de Bufón, Cuvier, Colta y otros naturalistas afamados, he salido de mi apuro tan brillantemente que, según mi amigo el cicerone, paso para los extranjeros como un geognosta consumado, aunque para él sólo sea un descarado charlatán de tomo en folio.

BAJADA AL POZO *DOS DE ABRIL*

Pero sepa V. lo que ha ocurrido. Yo le dije que el Administrador de la *Unión de Tres* había ofrecido permitirnos la entrada en la mina; pues bien, esta mañana fui con mi inseparable trinidad a recordarle su promesa.

A una ligera indicación, dispuso todo lo necesario al objeto, valiéndose para ello de los guardas, únicos operarios de que pudo disponer, pues, como usted ya sabe, en esta mina ahora no se trabaja. Con un candil cada cual en la mano derecha y guiados por el Administrador, penetramos en el pozo *Dos de Abril* hasta llegar a la profundidad de 60 metros, no pudiendo descender los diez que tiene más por estar inundados por el agua, efecto de la paralización de la máquina de desagüe.



Empresarios mineros posan a la entrada de una cantera de hierros, ca. 1890. (Reproducida del libro *Los orígenes del siglo minero en Murcia*, de M. Guillén, 2004).

Y fue suficiente bajada, pues tanto los extranjeros como mi amigo y yo llegamos a aquel sitio tan cansados que difícilmente podíamos tener los candiles en las manos y nuestras piernas vacilantes apenas podían sostener el peso del cuerpo. Preciso fue tomar un poco de reposo, y en efecto, nos sentamos tocando casi con nuestros pies la superficie de las aguas, que a cada momento suben y que todo lo inundarán, si pronto no funciona la máquina de desagüe.

Desde aquel sitio contemplaba, con asombro, la enorme mole que amenazaba nuestras cabezas, y reflexionaba sobre los muchos peligros a que están expuestos los trabajadores de las minas; a la vez que los ingleses tomaban la siguiente nota: "*El pozo Dos de Abril de la mina Unión de Tres tiene de profundidad hasta el agua 60 metros. Se bajan por 19 escalas de madera de 3 varas cada una, colocadas casi verticalmente y separadas por tablados, que tiene por objeto hacer menos peligrosa una caída*".

Repuestos del cansancio, discutimos la galería que habíamos de tomar, puesto que podíamos elegir entre una que va a I. hacia la mina *Santa Ana*, y otra a P. para los trabajos altos. Elegimos la última, y, después de recorrerla como unos 43 metros, nos encontramos otras dos; una a P., en dirección al *Pozo Nuevo*, y otra a S., por la que continuamos hasta la que en ella desemboca y que se dirige al pozo llamado de *San Agustín.*

Hasta aquí nada extraordinario habíamos observado, pero dejando la galería de L., y siguiendo la que llevábamos, a los pocos metros nos hizo notar el Administrador que era aquel sitio uno de los que han dado mayor riqueza. Con mucho detenimiento examinamos en todas direcciones la capa argentífera, quedando asombrados cuando, de la medida que hicimos, resultó tenía ocho metros de tierras beneficiables, sin que aún se pueda fijar con exactitud su potencia porque las aguas lo han impedido.

Los ingleses se maravillaron que habiendo tanta riqueza estuviese la mina parada, y sobre esta apatía anotaron, entre otras cosas, lo siguiente: "*Los dueños de esta mina o son muy generosos y guardan las grandes riquezas que contiene para que las exploten sus nietos, o ignoran que el tiempo es oro, como decimos en la Gran Bretaña.* De buena gana habría yo escrito por bajo de aquella nota: "*Ni lo uno ni lo otro*", pero reprimí mi deseo.

Continuando nuestra exploración, penetramos en una nueva galería, que viene a L., y cruzando sobre el pozo *Carmen* hallamos la galería de línea con la *Demasía de la mina Atrevida*, por la que seguimos a S. hasta llegar al límite de la demarcación por aquella parte, dejándonos en el intermedio otra a L. que va al pozo *San José*. Marchamos a L. por otra galería que también es de línea con la ya mencionada *Demasía de la Atrevida*, y, abandonándola por otra a N. en la que se encuentra el pozo *San Antonio*, fuimos nuevamente a la del pozo *Carmen*, que seguimos a L., encontrándonos en otro plan de labores, al mismo tiempo que en el punto más rico de *La Unión de tres*.

Quien no haya penetrado en minas de esta especie es imposible pueda formar acertado juicio sobre ellas.

La utilización de la fuerza animal en la explotación minera de Sierra Almagrera.

Yo nunca pude imaginar el espectáculo que ante mis ojos se presentaba en aquellas regiones. A los ingleses les ocurría seguramente lo mismo, puesto que perdieron su flemática circunspección y corriendo de una a otra parte para examinar minuciosamente todo, no cesaron en algún tiempo de hacer exclamaciones de alegre sorpresa, de cuyo regocijo dan libre testimonio mis ajados pantalones, sobre los que vertió uno de ellos su candil en un instante de frenético entusiasmo. Yo sólo diré de aquel centro de riqueza que, a favor de las luces, contemplamos las gruesas y prolongadas vetas de plata nativa que aparecen en los muros y techo de aquella galería; en unos lugares figurando trabajos de filigrana, artísticamente concluidos; en otros, cual dibujos arabescos, por mano maestra ejecutados; en éste, como pequeños espejos más límpidos que las lunas venecianas; en aquél, imitando mosaicos caprichosos; aquí, primorosísimos dibujos; allá, brillantes y delgados hilos formando múltiples labores; la techumbre, artesonada en unos sitios y en otros, simulando pequeñas estalactitas; en todas partes, en fin, se presenta la plata nativa en diferentes y admirables formas, sobre un fondo de tan diversos colores que, ha tener brillantes, el arco iris podía compararse.

Lo que veíamos era tan maravilloso que superaba tanto a la idea que de aquellos sitios teníamos formada, que para describirlos, aunque fuese someramente, sería necesario una pluma más correcta y una imaginación más fecunda que la mía. Careciendo, pues, de tales dotes, me limitaré a copiar, más adelante, la traducción de la nota que los ingleses escribieron en sus respectivas carteras, continuando ahora la visita que refiero, aunque poco me queda por relatar, puesto que, siguiendo la galería en que tanta riqueza la Providencia de Dios había aglomerado profusamente, por el intermedio de la galería S. nos fuimos a N. hasta llegar al pozo de *San Agustín*, por el que debíamos salir a la calle.

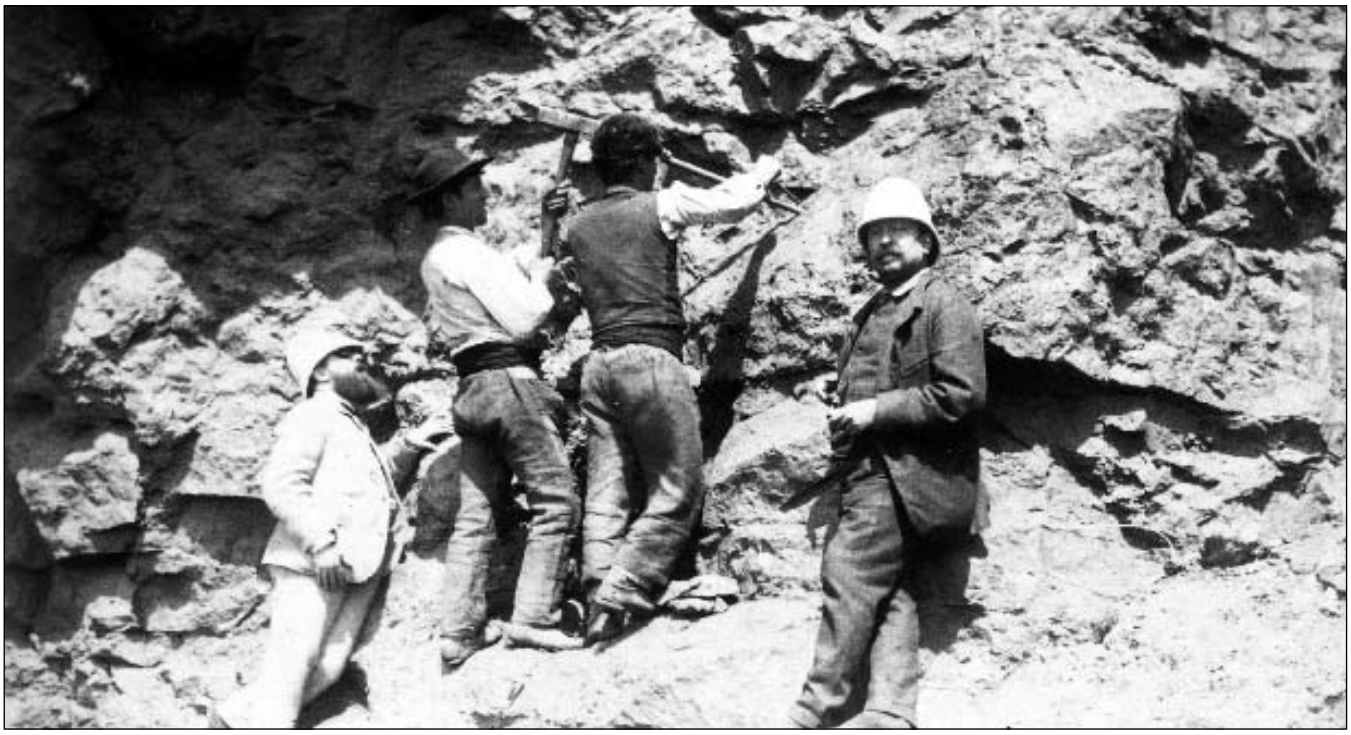
Podíamos aún recorrer otras labores y galerías, especialmente las del primer piso, que están a los 39 metros de profundidad, y fue en las que descubrieron la capa argentífera, pero con una inclinación tal que se hizo indispensable abrir las galerías del piso segundo. Estábamos tan rendidos, sudábamos tanto, a pesar de la mucha ventilación que allí hay, y el olor repugnante que despedían las luces de nuestros candiles, alimentadas por el petróleo nos tenían tan mareados, que dispusimos avisar a los guardas que debían esperar nuestras órdenes en el brocal del pozo en que nos hallábamos para que dispusieran sacarnos a la superficie.

EL DIFÍCIL ASCENSO

Efectivamente, apenas dado el aviso por el Administrador, sentimos el monótono ruido del torno y, a poco, una gruesa cuerda de esparto descendió hasta llegar a nuestro alcance. Concluía en una lazada, a la que venían sujetas unas correas de cuatro dedos de anchas por cinco o seis palmos de longitud próximamente, las que repartió el Administrador entre nosotros.

Si yo hubiese pensado que pendiente de una cuerda tenía que salir de aquel lugar (sin vergüenza lo digo, aquí entre nosotros), no hubiera entrado en la mina. Mi amigo, que opinaba como yo, pero menos prudente o más franco, se permitió proponer nos volviésemos para salir por el pozo de las escalas. Una mirada con su correspondiente sonrisa que le dirigió un inglés, fue bastante para que no insistiese en su propósito. Con aquella mirada, y aún más con aquella sonrisa, le pareció que se le llamaba cobarde, y ningún español se deja así calificar por los extranjeros. Tuvo que hacer de tripas corazón, mientras yo aparentaba una serenidad o indiferencia que estaba muy lejos de sentir.

Salimos a la calle. Es digno de contar cómo salimos. Aquellas correas que nos mandaron en la cuerda se conocen entre los operarios con el nombre de *barzones* –aunque en mi concepto deberían llamárseles bandoleras- y sirven para que, después de meter una pierna por el ojal de la cuerda, el individuo que haya de salir del pozo por el torno, sujete aquélla al cuer-



Obreros practicando barrenos en una explotación minera. Fotografía de Wuadras, 1884. (Reproducida del libro *Los orígenes del siglo minero en Murcia*, de M. Guillén, 2004).

po, cruzando el barzón desde un hombro a debajo del brazo contrario en donde se asegura con su correspondiente hebilla. Esta sujeción es muy conveniente y hasta necesaria para evitar cualquier desgracia que podía ocurrir por efecto de un vahído u otra causa análoga.

El primero que se enganchó, haciendo alarde de una mentida valentía, fue mi amigo que, siguiendo estrictamente las instrucciones del Administrador, llegó a la calle sin novedad alguna. No así el inglés –el que no habla ni entiende el castellano- que, sin la precaución ni formas debidas, empezó a subir dando tantas vueltas que parecía bailaba un vals en el espacio. Pero no fue esto lo más grave, sino que, a casi la mitad del pozo, se enredó de tal manera en la cuerda que bajaba que allí fueron sus angustias y sus penas. Quería desenredarse y se enredaba mucho más; gritaba y sus voces impedían que llegasen a los torneros las que el Administrador daba para que pararan el torno; el candil se desprendió de sus manos y, a no ser por el barzón, él también se habría desprendido y estrellado. Por fin, los que movían el torno comprendieron lo que pasaba y, deshaciendo algunas vueltas, lograron librarle de aquel peligro y sacarle a la superficie, aunque con las manos llenas de rozaduras y la cara cárdena y ensangrentada.

Le siguió el otro extranjero, que procuró no imitar a su paisano, pero al tomar tierra, permítaseme la frase, *no bajó suficientemente la cabeza, con la que chocó en la mesa del torno, resultando el coscorrón una prominencia que tuvo que refrescar con árnica y paños de agua y vinagre para hacerla desaparecer*.

Llegó la vez mía. Creo que maquinalmente tomé el ojal y que sólo por espíritu de conservación tuve fuerzas bastantes para ir apoyándome con los pies en los hastiales del pozo; y aún así, estuve próximo a enredarme en la cuerda, como le sucedió al primero de los ingleses. No sé lo que sufrí en mi ascensión. Al verme a la mitad del pozo casi perdí el sentido, y cuando salí a la calle estaba pálido como un difunto. No así el Administrador, que subió cantando e impasible. ¡Lo que hace la costumbre! Yo quisiera tenerla, pero al fin los peligros tienen sus placeres y bueno es disfrutar de todo, que no siempre se ha de gozar a pata la llana.

Después de dar las gracias a los que nos habían servido de torneros, que en su honor debo consignar que no aceptaron la gratificación que les hacíamos, marchamos con el Administrador a su casa para disfrutar de un modesto refresco que nos tenía preparado, y en el que mis extranjeros bebieron de lo lindo, a pesar de sus contusiones.

1875

Giuseppe GARZOLINI

Aunque carecemos de datos biográficos significativos, sabemos que nuestro personaje (pintor y/o literato) llegó a nuestra ciudad en una tartana en agosto de 1875. Años después (a partir de 1914), su hijo Adelchi Garzolini Lechner (Trieste, 1885-Almería, 1980) se instalaría en Almería y dejaría una larga descendencia. Giussepe partió de Italia en dirección a Almería, pasando por Cartagena, Murcia, Lorca y Vera, describiendo las costumbres almerienses, la feria (de la que hace una narración directa y vivida), una corrida de toros y aporta algunos fragmentos de la historia de Almería, como la llegada de los Colorados.

La obra fruto del itinerario, *Ricordi di Spagna. Da Marsiglia a Cartagena; Cartagena dopo la comune; Da Cartagena ad Almería; Almería; Combattimento di tori*, ilustrada con 29 dibujos y/o grabados, fue editada en 1877, en Milán, por los hermanos Treves, y corresponde al volumen XLV de la Biblioteca de viajes[169]. Una copia de la misma para su edición nos ha sido proporcionada por nuestro amigo Dionisio Godoy, pintor almeriense, a quien agradecemos su gentileza y confianza.

En opinión de Rafael Ochotorena, que dio a conocer un fragmento del viaje en su obra *La vida de una ciudad: Almería. Siglo XIX (1850-1899)*, editado por Cajal en 1977 (Tomo II, p. 157-161), Garzolini realiza el viaje *"en una tartana, atravesando ramblas y campos en los que destacan las chumberas y desiertos, frente a la llanura; ve en lejanía unas montañas ásperas, cavernosas, de un color ligeramente morado, unas casitas, un molino de viento, una noria, el paisaje de Pulpí va apareciendo en este amanecer luminoso que parece prender fuego en todo. La llegada a Almería es en agosto de 1875 y aquella noche sueña con las ramblas, con los barrancos, los precipicios, con las narraciones que ha oído acerca del carlista Lozano, en fin, con todo aquel viaje de pesadilla que ha sido el trayecto de Cartagena a Almería. Pero se encuentra en Almería, el Portus Magnus de los latinos, la ciudad del espejo de los árabes; 'veré –dice- su magnífico cielo vestido de azul, sus mujeres celebradas en todo el mundo, su tierra llena de hombres con sangre de miles de generaciones'.*

Tipos populares: mendigo, caballista y torero.

El trabajo de traducción, realizado con esmero y gran esfuerzo durante el tórrido agosto de 2006 por nuestro amigo Enrique Fernández Bolea (de Cuevas del Almanzora), licenciado en Filología Italiana y profesor de idiomas, ha logrado adaptar los giros y expresiones a nuestro español actual, no obstante la dificultad del lenguaje utilizado por el autor, pretencioso en su estilo y excesivamente barroco, obtuso y hasta prosopopéyico; produciéndose, en muchas ocasiones, desfases de coordinación sintáctica y algún que otro error gramatical. En su descargo habrá que decir que se trata de un italiano en trance de unificación, en donde las normas se estaban afianzando con lentitud.

[169] Parece ser que anteriormente a la aparición del libro había publicado las impresiones de su viaje en *L'Illustrazione Italiana*.

DE LORCA A ALMERÍA POR PULPÍ Y VERA

La tartana estaba lista. Las tartanas son una especie de carros[170], en los cuales se pueden acomodar perfectamente cuatro personas. Están cubiertas de un basto tejido de esparto o de tela gruesa pintada de negro, y forrada en el interior por una tela con motivos florales o arabescos que producen una magnífica impresión.

Vamos. Cuatro latigazos a los mulos, una cálida recomendación al cochero y que la divina Providencia nos proteja.

Hay una luz de luna que consuela. Se toma por Vera, por una carretera que en absoluto hace honor a esta denominación. ¿Qué es esta pendiente? Ah, nada; se pasa sobre los guijarros de una rambla (torrente). *Arre, arre*, grita el cochero. El amigo duerme; yo quiero dormir, pero pienso en Lozano y los carlistas y estoy en guardia. Se avanza al trote, al ritmo de la fusta del cochero. ¡Santa María, qué saltos! No pasa nada, los mulos quieren hacerse los valientes y tiran a su modo. Cesan los saltos. Se ven algunas casas; una cosa negra se encuentra en mitad del camino, dos, tres, se mueven, se acercan, se hacen cada vez más grandes. La tartana corre. ¡Parad! ¡Que chocáis con aquellas masas informes que se avecinan! Son carros; se esquivarán, no lo dudes: no ves el perro, está adiestrado para vigilar que los mulos no tropiecen con algún obstáculo mientras los mayorales duermen. Mire ahora. El perro, del que yo no me había apercibido, había corrido hasta el primer carro, se había puesto delante, y los mulos detrás de él. Hemos pasado. Pasan por extensas formaciones de chumberas, pitas y palmeras; se atraviesan ramblas (torrentes), se encuentran con otros carros; acá el camino corta un campo, allá corre por medio de un prado; desaparecen los vestigios del camino: no importa: adelante; se atraviesa un pequeño arroyo, las ruedas se hunden hasta el eje; un poco más y se mojarían. Adelante. Se encuentran de nuevo el rastro del camino. La tartana se tambalea: por Dios, ve con cuidado. ¿qué clase de caminos tenéis? Los mulos trotan –siempre al ritmo de la fusta. ¡En lugar de dormir!

- Mayoral, ¿qué significa esta luz?

- Es el alba.

Parada de la diligencia y posada dibujada por Doré, hacia 1862.

Pero detengámonos en cómo es el alba en España. Y me volví hacia la otra parte. ¡Dioses del Olimpo! Lector, ¿has visto alguna vez despuntar el alba en España? No: -entonces es inútil expresártelo con palabras. Quien no ve, no cree, y quien lo ha visto no puede describir tanta magnificencia. Desperté a mi amigo con un grito de: *¡Ves el alba!*

- ¿Qué alba? ¿Qué ha pasado?

- El alba: el sol que está a punto de elevarse.

- Como suele ocurrir al alba: déjame dormir.

- Esto es tener poca sensibilidad.

Como única respuesta, se le oía roncar. – Ofrecí un cigarrito al *mayoral* diciéndole:

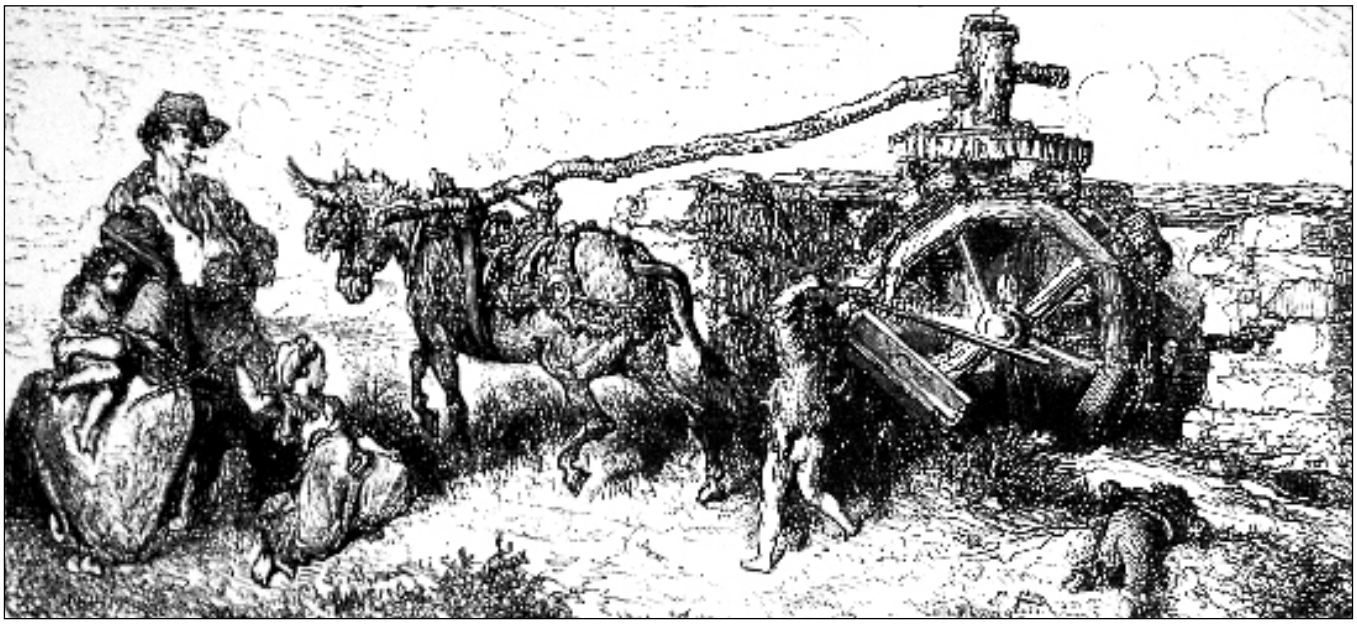
- ¡Qué hermosa es el alba!

- Es natural: España no puede tener otra.

- Entiendo: Somos españoles.

Vamos, vamos adelante, el camino, a cada pequeño tramo, sufre repentinos giros para evitar elevaciones y hundimientos del terreno: no parece que se vaya en tartana, sino en barca en mitad de un mar tempestuoso. El llano (¡llano es un decir!) va elevándose progresivamente a medida que se aproxima a ciertas montañas agrestes, cavernosas, ferrosas, poco distantes, tras las cuales se levantan otras de tono más claro y azulado. Se ve una casita, un molino de viento, una noria: el pueblecito de Pulpí, que no superará los cien hogares en total. ¿Y qué es una *noria*? Norias se llaman a ciertos pozos profundos de entre 10 y 60 metros, de

[170] N.T. Barocci (deriv. barroci). Carro generalmente de dos ruedas para el transporte de mercancías y materiales diversos.



Una noria dibujada por Doré a mediados del s. XIX.

los que se extrae el agua mediante cántaros de barro, dispuestos en torno a una rueda, de modo que cuando la rueda es movida, lo cántaros, uno tras otro, descienden al pozo, se llenan de agua y salen para verterla sobre un canalillo de madera, de donde pasa a una gran balsa que hace las veces de depósito. La rueda es puesta en movimiento por un buey o por un molino de viento. De Pulpí, en media hora se llega a una *venta* donde los mulos son cambiados. En las ventas, que son al mismo tiempo establos, posadas y lugares de descanso, estad seguros de que, pudiendo faltar cualquier cosa, jamás se echará de menos el aguardiente. Pasar por uno de esos lugares y no beber una copita de aguardiente, es lo mismo que decir no me importa en absoluto mi salud. *Una copita de aguardiente por la mañana mata el gusano*, dicen en España. Si tienes la oportunidad… bébete dos *copitas* y después un jarro de agua.

Vamos.

Desde Pulpí a Vera, el camino, en toda su longitud, es la misma calamidad que de Lorca a Pulpí, con la sola diferencia de que aquellos montes lejanos que antes eran azulados van cogiendo poco a poco su color natural. Los de la derecha pertenecen a la Sierra de Baza y el de enfrente es la Sierra Bacares que llega hasta el Cabo de Gata. Desviad la mirada hacia la izquierda: ¿qué veis? Una franja luminosa: el mar Mediterráneo, Villaricos, a lo lejos la punta del Cantal. De nuevo el lecho de un río: es el Amenzara [Almanzora]: ¡Oh, cuándo llegaremos! Un poco más y ya estamos. Molinos de viento, campos, norias, manchas de chumberas, palmeras, pitas, naranjos, limoneros, huertos; una casita, otra, muchas casitas, un campanario, una iglesia, ¡oh!, se ve muy bien: es Vera. Se entra, se cruza por medio del pueblo, bonitas casas, limpias, agradables, una plaza rodeada de árboles y bancos, en el centro una graciosa fuente. ¡Qué lugar tan agradable! Se desatan los mulos, se duerme un par de horas, se toma un bocado y luego se vuelve a partir. Doce horas más y el suplicio habrá terminado.

Se abandona Vera y se toma por una acusada pendiente, se ve el suburbio de los gitanos. Se trata de una maraña de chozas, medio excavadas en la tierra, medio cubiertas de esparto, de harapos, de palmas, de pieles de cordero, como enlucidas con barro, en resumen una infinidad de cosas de las que, a simple vista, no puede entenderse su naturaleza, y que sólo los gitanos podían recoger y aprovecharse de ellas: más que viviendas de hombres, son perreras, y al verlas es imposible contener un: ¡Nos hallamos entre bárbaros! Pero la casa no hace al dueño, y los gitanos, en el fondo, son buena gente.

Esta tremenda pendiente os conduce hasta un altiplano, todo él un cúmulo de cerros, desfiladeros, barrancos, tajos, quebradas; ahora subid y os parecerá que rápidamente alcanzáis la nubes, ahora bajad con tal ímpetu que se os pondrán los pelos de punta; aquí

hay una senda estrecha, tortuosa, indescriptible, toda ella piedras y polvo; allí una cuesta empinada, abrupta; aún más allá una bajada: - se pasa por la garganta de un barranco. Se alcanza la *Venta de los Cazadores*. Desde la *Venta de los Cazadores* se comienza a subir poco a poco la *montaña de la cuesta del honor*, arriba, arriba: *Anda, adelante, coraje*, grita el *mayoral*, con obligado acompañamiento de latigazos; pero aquellos desgraciados mulos ya no pueden más. Bajamos del vehículo: es necesario realizar a pie esta subida, no hay otro remedio. Cogemos una vereda intransitable, y subimos y subimos hasta que aguantan las fuerzas y se alcanza la cima.

¡Oh! Por fin llegamos. Descansamos un poco. He aquí la tartana. Desde este momento si el camino no puede considerarse como tal, da igual, al menos siempre es mejor que una zanja, que un matadero, y de una u otra manera se podrá continuar. De hecho se avanza bien, y parece que los mulos se esfuerzan verdaderamente. El sol se pone: sopla una fresca brisa que es una bendición, y pronto se hace de noche. Estamos en la *Venta del Pobre*. El *mayoral*, pobre hombre, se ha ganado una *copita de aguardiente*, y los pobres mulos un poco de paja. Demos a cada uno lo suyo y luego continuemos. Empieza a hacerse de noche; y yo vuelvo a coger el hilo sobre Lozano y los carlistas en Lorca. De repente la voz de mi amigo interrumpe mis disquisiciones con esta curiosa pregunta:

- Dime, ¿Has visto hermosas mujeres?

Lo miro sorprendido.

- ¿Has visto hermosas mujeres?

- ¡Las he visto!

- Muy bien. Entre ellas elige a la más hermosa.

- ¿Por qué?

- Elige, te digo, y lo sabrás.

- Ya he elegido.

- ¿A la más hermosa?

- En efecto.

- Si al cabo de media hora no te he mostrado una tan hermosa que, en comparación, la tuya será la belleza más vulgar del mundo, ya no quiero ser yo.

- Puede ser, pero me resisto a creerlo: en cualquier caso te tomo la palabra.

- Veremos.

Se sigue avanzando. Pasan molinos, norias, labradores con asnos, mulos, niños medio desnudos; grandes carros tirados por bueyes y patanes con varas muy largas en la mano, en cuya punta está fijado un hierro puntiagudo, digno estímulo de tiempos bárbaros y pueblos crueles; galeras que van a paso de tortuga;

Arriero fotografiado por J. Rodrigo hacia 1875. (Reproducida del libro *Memoria visual del siglo XX (1901-2000)*, de E. Fernández Bolea y Juan Grima Cervantes, 2000).

gitanos; unos aldeanos (campesinos) a caballo; algún triste acorde de guitarra; un lamento continuo y monótono; plantaciones de naranjos, de cidras, de higueras, de pitas, de dátiles. Muy a lo lejos se distingue una cosa blanca, se aprecia cada vez mejor, debe de ser una casa: sí, sí, es una casa: se ve muy bien: es la Venta Balzaseca.

- Para.

- ¿Bajamos?

- Sí: éste es el sitio.

- ¿Qué sitio?

- El templo donde vive y se luce la hermosura de que te hablaba. Entramos a tomar un refresco y la verás.

Entramos. ¡Satanás, qué oscuridad! Exactamente como la boca de un lobo. Ten cuidado donde pisas. ¿Qué es aquel resplandor que tan confusamente se aprecia al fondo? Una ventanilla: es la *licorería*.

- Buenas noches, caballeros, grita una voz argentina[171].

- Es ella, susurra el amigo: *Buenas noches señorita*.

- ¿Un refresco?

- Un refresco. ¿La has visto?

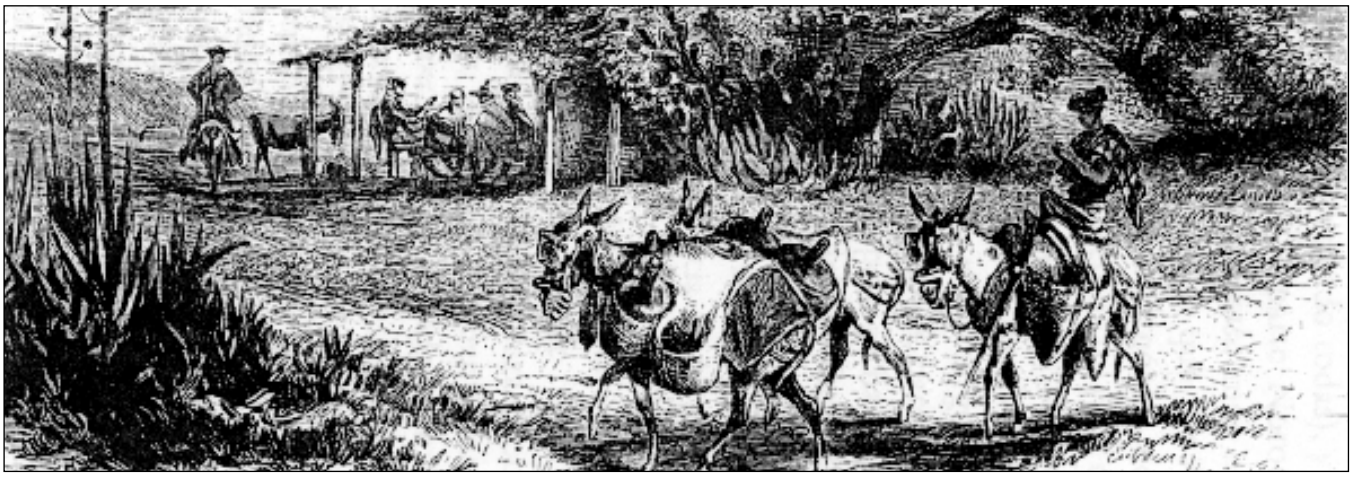
- No. ¿Dónde está?

- Aquí la tienes

Y el amigo enciende una cerilla.

- Mira.

[171] N.T. Voz clara y sonora. (Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1992).



Alrededores de una venta en tierras andaluzas.

Miro. - ¡Truenos del cielo qué divinidad de mujer! Y me quedo sin aliento. La cerilla se apaga: oscuro como antes: y la chica ríe y exclama: *¡Lástima!*.

- *¿De qué?* Pregunta un potente vozarrón.
- *¡Un hombre! Estamos perdidos*.
- *¿Qué se le ofrece a Usted?* Replica el vozarrón.
- *Un par de pajuelas*[172]*, amigo.*
- *De buena gana* (con mucho gusto)*, caballero.*

Conseguidas las cerillas y pagado el *refresco*, volvimos a la *tartana*, porque la prudencia nunca está de más, sobre todo en determinados lugares. Pero queréis creer que aquel terrible "de qué" aún me atormenta los oídos y desbarata todo el encanto que tenía la visión de aquella maravillosa belleza, la cual, en su día, habría sido la misma obra de Zeus, por no exagerar más.

Y pensé: si a las puertas de Andalucía me llevo estas impresiones tan contundentes, imaginémonos por un momento lo que me espera cuando las haya atravesado.

- *¿Tengo razón entonces?*
- *¡Es una criatura celestial!*

Adelante. De nuevo esta cruz de caminos imposibles; el riesgo de las luxaciones de fémur, el continuo y sonoro chasquido de los latigazos en las ásperas y encallecidas pieles de los cuadrúpedos; se aventura por tremendos precipicios, se pasa muy cerca de sus bordes, se toma por un pequeño sendero, se atraviesa por milésima vez el lecho de un río, se sube, se baja, balanceándose en continua agitación, siempre con el miedo en el cuerpo de que los mulos tropiecen, la tartana vuelque o un brusco movimiento nos arroje en mitad del camino. – Y así hasta que no estéis en Almería. A donde llegáis en torno a medianoche, molidos, destrozados, extenuados, debilitados, con las tripas revueltas, los huesos machacados, la cabeza como un bombo, casi muertos, y os parece mentira que os podáis ir a dormir en santísima paz.

Quien no quiera fatigarse tanto puede ir por mar y ahorrar dinero; pero por tierra no hay otro modo. Desde Vera hacia abajo se encuentra, de vez en cuando, algún conato de camino, pequeños tramos, pero no son nada más que tramos aislados; porque las carreteras, como cualquier otra cosa en España, están en manos de los partidos: lo que hace uno hoy, mañana será deshecho por el otro, y los perjudicados son el comercio, la industria y los pobres viajeros. Pero no hay tanta miseria por toda España. De sus provincias, la más desafortunada es esta de Almería que en lo referente a caminos carreteros es una isla en tierra firme. ¡Y ciertamente es una de las provincias más ricas! El gobierno, hace pocos días, le ha concedido el ferrocarril hasta Linares (que está en el tramo que desde Córdoba va hasta Ciudad Real), pero ¿y los caminos carreteros?

Deja, o necio impotente,
de tomarte tanta molestia.

Ya que el viaje ha acabado y el cuello está en su lugar, oigamos una santa misa

[172] N.T. Paja de centeno, tira de cañaheja o torcida de algodón, cubierta de azufre y que arrimada a una brasa arde con llama. (Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1992).

Vista general del Paseo de Almería hacia finales del s. XIX. (Reproducida del libro *La Almería perdida, postales coloreadas, 1900-1936*, de Juan Grima y Narciso Espinar; La Voz de Almería, 2005).

ALMERÍA, Agosto, 1875

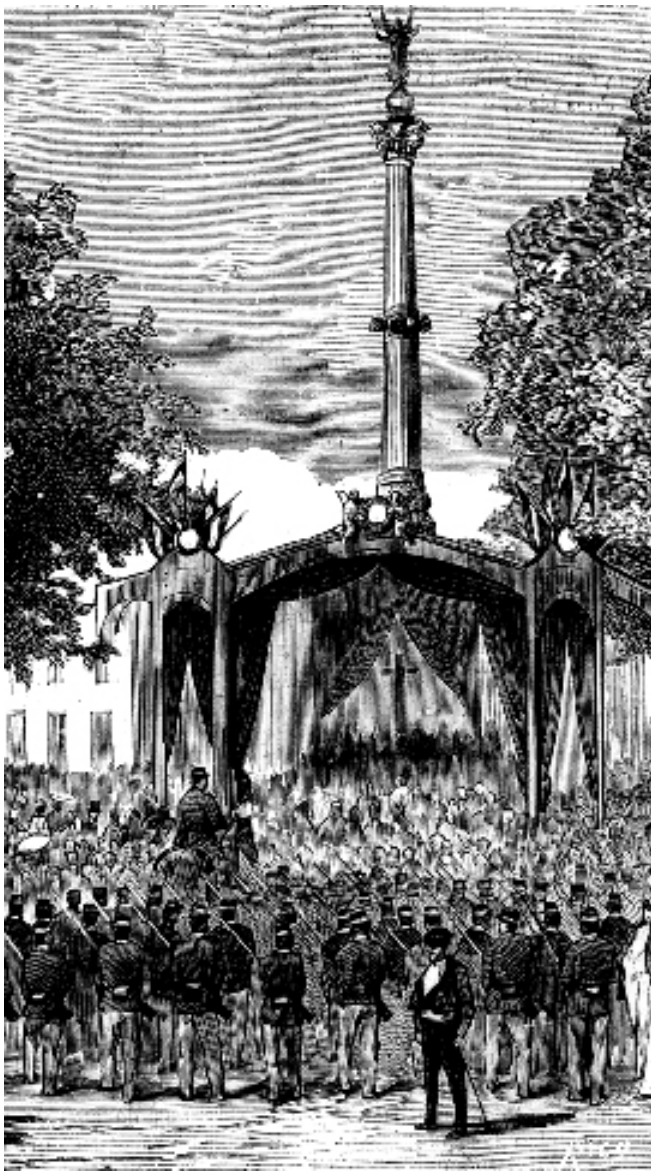
La ciudad del espejo.- El 24 de agosto de 1824.- La alcazaba.- La Almería de antaño.- Los Moros en España.- Mi libro de apuntes.- El bombardeo de Almería.- Los pífanos[173] de montaña.- El Ateneo y la Sociedad Círculo de Almería.- La feria.- La navaja y mi barbero.- Un poco de geografía.- Por qué el comercio y la industria languidecen.- La desgracia de los ferrocarriles.

Aquella noche dormí soñando continuamente con los caminos, los torrentes, los barrancos, los bordes, los precipicios, las gargantas, Lozano, el cura, Lorca, la diligencia, los carlistas, la maravillosa hermosura y el "de que" de Balzaseca; en una palabra: los padecimientos físicos y espirituales soportados desde Cartagena a Almería. Tanto que mi sueño no fue ni restaurador, ni reparador de las fuerzas perdidas durante la complicada travesía; sino una continuación, ni más ni menos, de toda aquella confusión, sufrida con exceso, de la que ya tenéis noticia. Y por la mañana, cuando abrí los ojos, me sentí más fatigado, más roto, más muerto que cuando me había ido a dormir. Sin embargo, exclamé con el corazón henchido de reconocimiento: ¡Gracias a Dios eternamente! Y esto es todo. Y dejé que mi mente se distrajese por los derroteros de la imaginación. – Dentro de poco veré Almería, el *Portus magnus* de los latinos, la *ciudad del espejo* de los árabes, el baluarte del islamismo, como la llamó Ebn Alfathib; veré su hermoso cielo, el magnífico cielo de Andalucía *vestido de azul*, sus mujeres celebradas en todo el mundo, su tierra consolada por la más alegre sonrisa de la naturaleza, regada por la sangre de miles y miles de liberales, suspiro eterno de los poetas de todo el orbe, de todas las épocas, de todas las religiones; veré la heroica ciudad que, hace dos años, hizo frente a Contreras; que sufrió el martirio de 1821; que resistió hasta el extenuación con inusitado valor contra las prepotentes fuerzas del rey de Navarra aliadas con las de Francia, Pisa y Génova, etc., etc. – Y mientras le daba vueltas a estas cosas, me levanté de la cama y me vestí.

Nada más salir de casa, me encontré con el nuevo teatro en construcción, y que se terminará cuando se termine; avancé y comencé a recorrer la primera calle que se me puso delante, que me condujo hasta el *Paseo del Príncipe Alfonso*, una calle ancha y muy larga, flanqueada por árboles muy frondosos y palmeras, dotada de cómodos y elegantes bancos: la *rambla* de Almería, o como dicen los franceses, su *boulevard*. Proseguimos. En el fondo de la *rambla* un café al aire libre, el café *Suizo*. Me detuve, di una palmada, y tomé un agua de naranja. A diez pasos del café se erige una columna de estilo greco-moderno, de 50 pies de alto, cuyo pedestal, rodeado por una verja de hierro, está enteramente cubierto de coronas de laurel en mármol negro, y de otras de flores siemprevivas, que la religión de los hermanos* puso allí para demostrar abiertamente que en sus corazones está siempre viva la memoria de quien se sacrificó por la libertad de la patria. Pero la razón de esta columna me era absolutamente desconocida, y si supe algo fue a través de algunas inscripciones, como la que está grabada en la gran esfera sobrepuesta (en

[173] N.T. Flautín de tono muy agudo, usado en las bandas militares. Persona que toca este instrumento. (Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1992).

* N.T. Se refiere a los liberales.



Detalle de la función cívico-religiosa en conmemoración de las víctimas del 24 de agosto de 1824 ("los Coloraos"), celebrada en 1873, según grabado de Bernardo Rico Ortega sobre dibujo de Emidgio Cuartara.

lugar de la cual tenían que haber colocado la estatua de la libertad), la cual dice: *-21 de agosto de 1821-*, y las otras laterales del pedestal.

En el suelo que la sangre de los Mártires inunda
y una flor libertada que crece y fecunda.
El cielo la tesa, la tesan las estrellas,
y la ira enemiga de vientos y tempestades
ose a aquella flor divina insultar.

La gesta de los *Coloraos*

Y mientras estaba contemplando esta severa columna y recordaba estos versos de Gotti, oigo detrás de mí una voz: - *Caballero. Haga V. la caridad a un pobre ciego, solo en el mundo. Oh! Caballero, que desgracia es la mía. Déme U. una limosnita por Dios*. – Era la de un pobre ciego. Le di algunos *cuartos*, y le pregunté si recordaba algo del *luctuoso caso* de 1821. – El viejo, exhalando como un suspiro, dijo poco más o menos:

- La política de Fernando III [VII], que cobardemente cede su reino a la dominación extranjera (política de intrigas que conspira en el Escorial), para derribar el poder de su padre, olvida a los liberales que habían creado la nación en las Cortes de Cádiz, que habían escrito la mejor historia de España convirtiéndola en independiente, y, con ingratitud, desgraciadamente nada nueva en la historia, los reprende con toda suerte de malos tratos, prisiones y exilios. Esa perfidia envenena, en consecuencia, los ánimos y dirige contra el rey Fernando la indignación de los traicionados, provoca conspiraciones y protestas, una de las cuales fue justo la rememorada por la columna – Y después con voz más grave y afectada:

- En un día sereno y apacible llegaron a Almería, guiados por el sol de la libertad, contaban con el auxilio de la capital y de los pueblos; confiando en el éxito, desembarcaron valerosamente; lucharon valerosamente con heroísmo pero se encontraron solos; el sol se nubló, los absolutistas habían previsto el peligro y encarcelado a los que pudieran favorecerlos, ¡los de la Taha Marchena (aldea cercana a Almería – *Taha* significa partido*) llegaron tarde! ¡Cuánta desgracia! Aquellos infelices fueron inhumanamente fusilados el día 21 de agosto: - las calles estaban desiertas, las casas sin habitantes… ¡qué día tan espantoso!*

- ¿Y no era el 28 de agosto?

- El 28 de agosto fueron los fusilamientos de Málaga. El pueblo en épocas liberales levantó en pobre monumento que ya no existe; después se trasladaron las cenizas de los colorados en este monumento.

- ¿Colorados?

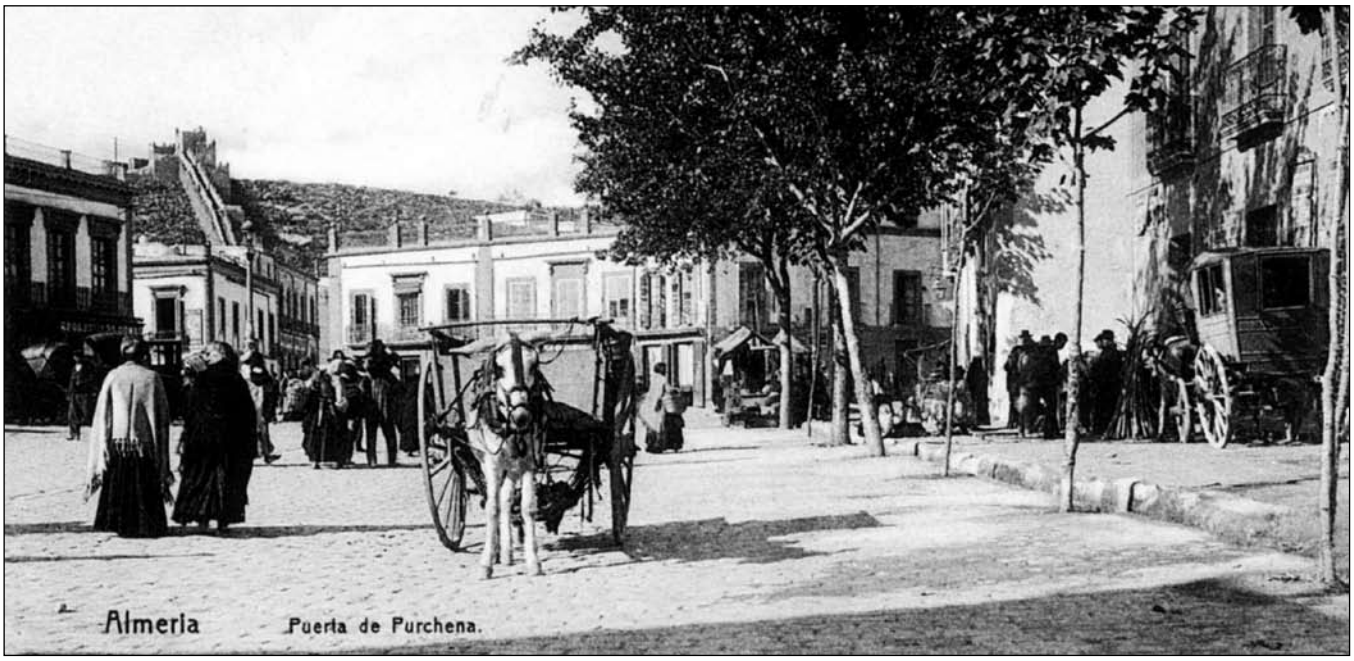
- Se les llamaba los colorados porque vestían uniformes de este color, imitación a los ingleses (rojo).

- ¿Y no sabe de quién es el monumento?

- Del arquitecto don José María Baldo.

LA ALCAZABA Y LA HISTORIA MEDIEVAL

Ya sabía bastante, y caminé durante un rato. Un poco más allá me encontré un gran hormiguero de gente; había llegado a una plaza de mercado. Campesinos que empujaban pequeños y bajísimos carros, cargados de higos-chumbos, una multitud de puestos de fruteros, verduleros y vendedores de alpargates; un gran número de muleros, una miríada de comerciantes de avellanas frescas y tostadas; horchateros; criados con grandes



La Puerta de Purchena con el trasiego diario de personas y carros. Imagen de comienzos del s. XX. (Reproducida del libro *La Almería modernista, 1900-1910*, de J, Grima y N. Espinar; La Voz de Almería, 2006).

espuertas; guardias urbanos con espada y revólver; soldados, muchachos, mendigos ciegos; curas, labradores, gitanos, todos muy ocupados. Supe más tarde que la verdadera plaza del mercado es otra que desde hacía pocos días estaban preparando para la próxima feria. Desde la plaza una encrucijada de muchas calles se distribuye por toda la ciudad: tomé al azar la que tenía enfrente, y avancé hasta los pies de un antiguo castillo morisco, la Alcazaba, vestigio del dominio árabe en Almería.

La Alcazaba y la Atarazana (arsenal) eran los restos más importantes dejados por la civilización árabe en Almería. Si digo eran es porque el último, edificado por el Emir Abdel Rohman en el 773, después de haber contemplado durante once siglos la comedia humana, tragedia, drama, farsa, que se representaba bajo sus piedras, y haber llorado, exaltado, estremecido ante tanta vicisitud de la fortuna, fue demolido no hace muchos años para abrir espacio a una calle que comunica con el malecón, o paseo a lo largo del mar, del que hablaré en otro lugar. La Alcazaba fue edificada en tiempos de Abdel Rahman III, y ampliada más tarde por el famoso Hagib Almanzor, que puso en ella a Iairan el esclavo, el cual dio nombre al castillo, se extiende sobre 12.000 metros cuadrados y se eleva a 41 metros.

La ciudad de Almería descansa sobre dos cerros, en medio de los cuales se abre un valle que en su tiempo estuvo muy cultivado por los árabes. Encima de uno de estos cerros está la Alcazaba, o, como la denominan, la Alhisana (fortaleza), y sobre el otro un arrabal que quedaba fuera de los muros que rodeaban por entonces la ciudad. En tiempos pasados Almería poseía por occidente otro arrabal llamado Rabdh Alhandh o del aljibe, y no hace mucho que aún permanecían en pie las puertas Bab Alocab, o del águila, así llamadas porque estaban coronadas por una gran águila de piedra. A toda la circunscripción de Almería se daba el nombre de Pechina, según el historiador Edn Hayan en su escrito sobre los *Hombres ilustres de Andalucía*.

Bajo el reinado del califa Mahomet I arribaron a estas costas unos comerciantes africanos (mercaderes), y atracaron en la playa con la intención de establecer comercio con África, y efectivamente, contra toda previsión, los negocios adquirieron un rumbo muy próspero. De modo que en seguida enviaron un mensaje al califa Abdallah, sucesor de Mahomet, solicitándole permiso para fundar establecimientos en diversos puntos de esta provincia. Abdallah lo concedió si reparos, y he aquí que surgieron muy pronto, como por arte de magia, cien villas, y en poco tiempo se desplazó desde todas la partes de España una población de árabes activa e inteligente. Entre estas villas se cuentan la de Alhama (la seca), Aljabia [Alhabia], Purchena, Alia (sic), Benn Tharic [Bentarique], Nakar [Níjar], etc. Transcurridos muchos años, la capital de todas estas villas se estableció en Medina Almería, nombre árabe

que significa espejo, la cual debió su engrandecimiento a los reyes árabes Benn Somadih que la embellecieron con singulares alcázares y toda clase de monumentos artísticos. Así que esta capital alcanzó, como se suele decir, un supremo grado de esplendor comercial entre los países dominados por los árabes, como más tarde, ¡ay! debo decirlo en honor a la verdad, fue un nido tristemente famoso de piratas muy temidos por los barcos que entonces surcaban el Mediterráneo.

Si damos crédito a lo que nos dicen los árabes, Medina Almería debió ser incluso un edén; gozaba de una panorámica deliciosa, estaba dominada por una de las más famosas alcazabas, y estaba regada por las aguas del río Guadi Bachana o de Pechina, en cuya ribera se extendía por muchas millas una deliciosa llanura, toda ella un jardín plagado de palmeras, cidras y naranjos. Por aquellos días en Almería existían mil edificios entre casas de baños y viviendas; sus mercados, de gran renombre, eran muy frecuentados y atraían a forasteros de todos los lugares; su industria del cobre, bronce, cristal, se encontraba entre las más celebradas; bajo el reinado de Somadihics, sus tejidos eclipsaban a los de Oriente. Si quisiéramos hablar de Almería sólo durante el tiempo en que estuvo bajo dominación árabe, habría para escribir un volumen de mucho interés para la historia de las artes, de la industria y del comercio; pero esto es responsabilidad de otros, pues hay quien desde hace mucho tiempo ha dirigido su ingenio a esta empresa. Aún dos palabras sobre historia y termino. En 1147 Alfonso VII, aliado con el rey de Navarra, Don García, invadió Andalucía reduciendo este milagro de fertilidad y delicias a simplemente un desierto. Lo apoyaron las escuadras de Francia, Pisa y Génova, comandadas por Raimundo, conde de Barcelona, que atacó la plaza de Almería sitiándola hasta el extremo de no poder ser socorrida por los africanos. Tras una gloriosa defensa, fue conquistada y su guarnición, integrada aproximadamente por veinte mil hombres, se refugió en el castillo, donde no encontrando vía alguna de salvación, capituló y reconoció la autoridad del rey de Castilla. Los inmensos tesoros, riqueza de la plaza, fruto de las acciones piráticas de los árabes, fueron repartidas entre los soldados. Al retorno de esta expedición fue proclamado emperador Alfonso VII. Once años después, Almería volvió a manos de los moros que la gobernaron hasta el día 22 de diciembre de 1490, cuando el rey Zagal la cedió a los reyes católicos Fernando e Isabel. - Con Fernando se produjo la alianza entre el Estado y la Iglesia. Los moros, tras una guerra de diez años, sucumbieron y se encontraron extranjeros sobre una tierra que durante casi ocho siglos había sido su patria, -amada por encima de cualquier cosa en el mundo; enriquecida con la agricultura, la industria, el comercio; famosa por las matemáticas, la astronomía, la filosofía, las ciencias naturales y la medicina; embellecida por mezquitas, palacios, pinturas, esculturas; cantada con cítaras en las baladas, en los himnos al Profeta.- Aquella tierra donde tantos mártires habían entregado el alma al paraíso de Alá, al que tantos sacrificios habían rendido, santo y venerable ante los hombres y Dios. Quien está con el Corán no puede estar con el Evangelio; y Fernando estas cosas las sabía mejor que el más escrupuloso doctor en teología, como aquel que no tenía en la cabeza nada más que curas, frailes, Sagradas Escrituras e Inquisición. Por lo que les propuso que se convirtiesen al cristianismo o emigrasen de los estados católicos. Los árabes, como se sabe, colocados así entre la espada y la pared, al principio no supieron qué opción adoptar. Algunos, vencidos por el amor a su tierra de nacimiento, abrazaron el cristianismo, convertido muy pronto en odioso por los desmanes de la Inquisición, y causa de frecuentes rebeliones en lugar de vívida llama de amor y de paz.; otros, eligiendo mantenerse fieles a la religión de los abuelos, abandonaron la tierra de sus tradiciones, de sus sueños, de sus esperanzas, de sus amores, donde durante tantos años habían vivido con decoro y envidiable fama. A Felipe II sucedió Felipe III; a las rebeliones, funestas guerras contra los moros y contra España. Aquéllos, en número de casi ochocientos mil, tras crueles decretos, fueron vilmente expulsados de la península; ésta, desde la expulsión, tuvo que llorar amargas lágrimas sin fin sobre los campos incultos, sobre las industrias paralizadas, sobre las villas, las ciudades, las comarcas desiertas, pobres, miserables, como si les hubiese caído encima la maldición de los infelices expulsados. He aquí el primer fruto de aquella tremenda etapa de males que trajo a la pobre España esta execrable alianza del Estado con la Iglesia. Y sin embargo, la expulsión de los moros es una de las páginas donde el valor guerrero de los españoles resplandece con la más viva gloria.

Paseo por la ciudad: las viviendas antiguas y la catedral

Mientras me marchaba vagando por aquí y por allá, actuando más o menos como el asno del cacharrero que se detiene en cada puerta, dieron las nueve, hora en la que, aún siendo fríos como el mármol, por estos lugares uno muere derretido. Y en efecto los mismos almerienses, de las nueve de la mañana a la cuatro de la *tarde*, no salen de casa si sus asuntos no los

obligan a ello. Cada país tiene sus propias costumbres. Volví a casa, a poner sobre el papel los breves apuntes que había tomado. De los cuales extraigo que las casas de Almería, las antiguas, se entiende, porque las modernas es otro asunto, tienen casi todas una sola planta, no están cubiertas de tejas, sino por terrados de uno o más niveles, y están pintadas de un blanco que, sobre todo al sol, daña los ojos; muchísimas tienen el patio que es usado como sala de estar, recibidor, sala para conversar, como más convenga; es una habitación de cuento y parece un jardín, dentro el aire despide un suavísimo perfume a naranjos y cidras. Las calles limpias, atestadas de gente, repletas de tiendas bien cuidadas, cualquiera de ellas podría competir entre las mejores de la capital. La catedral es de mediados del siglo XVI, salvo la torre que fue erigida algunos años más tarde, y que aún no está concluida. Esta catedral a primera vista parece un castillo, y en efecto es iglesia y castillo al mismo tiempo; "*en estas condiciones fue edificada para resistir los ataques frecuentes de los bárbaros que tenían siempre alarmada la población*", me decía el sacristán; arquitectura de diversos estilos; domina el gótico tardío y el renacimiento en las fachadas; el trascoro, hermosísimo. Lo que me parece poco adecuado, más bien un ultraje a la antigüedad, es el encalado que han dado a todo el interior de la iglesia.- Pueblo de aspecto severo, grave pero benévolo e inteligente, capaz de fuertes pasiones, un poco granadino en el carácter (si mi opinión no es aventurada) y en el aspecto. Muchos mendigos ciegos; y en el umbral de las puertas y también en medio de la calle, mucha chiquillería que juega, en cueros como Dios la trajo al mundo. En algunos barrios un hedor fortísimo a aceite de oliva que proviene de las sartenes de ciertas tiendecillas donde están preparando ciertos buñuelos de harina dulce para el chocolate, que se toma por la mañana como en nuestro país el café. Caminas entre empleados del aseo público con asnos cargados con dos canastos de basura. Obreros que se dirigen a sus trabajos; vendedores de *chumbos*; aguadores con la horchata nieve y hielo en unos recipientes de lata; vendedores de periódicos, mozos de tienda, criados, sirvientas; bastantes sacerdotes, bastantes soldados y pocos muchachos con libros bajo el brazo. Pausa.

- ¿Y las mujeres?

- Para esta pregunta mi libro de memorias no tiene respuesta que ofrecer.

- ¿Pero estas benditas andaluzas dónde están?

El bombardeo de los cantonales en 1873

Por la tarde, al anochecer, me cogí del brazo de un buen amigo mío, y salimos. ¿Adónde vamos? Al Malecón. Nos dirigimos hacia el pequeño puerto y

Puerta principal de la catedral de Almería a comienzos del s. XX. (Reproducida del libro *La Almería perdida, postales coloreadas, 1900-1936*, de Juan Grima y Narciso Espinar; La Voz de Almería, 2005).

poco después nos encontramos delante del casino de la Sanidad.

- *Mire*, dijo mi amigo, *aquí comienza el Malecón que, como puede comprobar, es un paseo que bordea el mar.*

- *¡Pero estamos en una ciudad completamente nueva!*

- *Completamente no, sino en parte. Estos edificios de la derecha son modernos, excepto aquel de allí abajo que es el hospital de Santa María Magdalena, erigido en 1492, y la vecina casa de expósitos fundada por Don Rodrigo Demandia* [Mandiaa]*, obispo que fue de esta diócesis, pero las continuas restauraciones la rehicieron de nueva planta. Este espacioso carril del centro es para los peatones, las grandes calles a derecha e izquierda para los carruajes. Y ahora mire un momento aquí, esta casa: ¿ve aquella mancha? Es la tarjeta de visita dejada por una bala de las fragatas insurgentes que bombardearon Almería hace dos años.*

- *¡Ah! ¿De verdad? Ya que estamos con el bombardeo, cuénteme con detalle cómo sucedió este asunto del que tanto se ha hablado en los periódicos.*

- *Es una historia un poco larga. Los republicanos, organizados en un partido fuerte y numeroso, convivieron en perfecta armonía hasta que se trató de combatir a las otras facciones políticas; pero declarada la República como forma de gobierno, nacieron, como ocurre en similares situaciones, discordias que dieron lugar al partido republicano progresista y al conservador. Reunidas las*

Juan Contreras y San Román (Pisa, 1807-Madrid?, 1881), responsable del bombardeo sobre Almería en 1873. (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

Cortes, fue proclamada la República Federal, prescindiendo de los trámites y procedimientos que debían seguirse en una cuestión de tanta importancia. ¿Comprende?

- Comprendo.

- El golpe de estado del 23 de abril mostró a los republicanos que se hallaban en el buen camino, y que su parte ganaba y ganaba. Rota la disciplina del ejército, la guerra carlista adquirió, como se suele decir, proporciones extraordinarias. En un momento determinado el partido sensado, aún cuando hubiese visto con buenos ojos estos primeros planes, tuvo la perspicacia de sospechar el inminente peligro. Los intransigentes (republicanos progresistas), ambiciosos del poder y descontentos por la conducta del Gobierno, prepararon el movimiento cantonal, y estalló la revolución. Valencia, Barcelona, Sevilla fueron ciudades capital de otros tantos cantones: baluartes de la insurrección Cádiz y Cartagena: la primera cedió con facilidad, pero Cartagena, defendida, como ya habrá comprobado, por aquellos formidables castillos, resistió durante más tiempo. Con el pensamiento de propagar cada vez más la idea civilizadora, los intransigentes se entregaron a una aventura que se tornó en desgracia; llegaron a Almería, de donde, como oirá, partieron avergonzados; desatendieron a Cádiz y la Caracca que necesitaban de auxilio: hecho muy importante porque hacía variar las condiciones de la lucha dando la calma a una sociedad que vivía alarmada por los temores de una imprudente revolución.- ¿Ha comprendido bien?

- ¡Diablos! Continúe.

- Y después, un buen día, el 20 de julio de 1873, llegaron dos buques de guerra, cuya venida producía mucha inquietud. Eran la Victoria y la Almansa, uno de madera y el otro acorazado. Figúrese, su contemplación produjo de inmediato un miedo indescriptible, una confusión, una ansiedad, una huida desesperada hacia las casas, la salida con los hijos pequeños en brazos, con los enfermos, con los viejos, huir al campo, saludarse, besarse, llorar y gritar fuera de control: ¡una desolación como nunca se ha vivido! - ¿Pero qué pasa, qué tenéis? Se preguntaba a esta gente desolada; ¿qué os apena, por Dios? – Contreras.- Pero si no es un pirata, esperad, hablará; oiremos lo que quiere. ¿Sabe que quería Contreras? Quería que nos declarásemos cantonales, que la reducida tropa encargada de proteger la ciudad se retirase. Pero quienes ejercían el gobierno de la ciudad, celebrada reunión, respondieron a Contreras, primer punto: que la ciudad no se declara de los cantonales hasta que no se reciba resolución soberana de las Cortes, - y segundo punto: que la tropa no se retira, porque eliminada ésta, eliminada la única salvaguarda del orden y de las propiedades de los ciudadanos huidos. Esta decisión se le hizo saber a Contreras por un selecto grupo de personas elegidas para este propósito.- Mientras tanto, el brigadier, gobernador general, había publicado un manifiesto que decía así: -'Ciudadanos: las Cortes soberanas de la Nación proclamaron como forma de Gobierno la República federal, y una Constitución próxima a publicarse como Ley, establecerá los cantones, asegurando la autonomía de la provincia y del Municipio.- Algunos impacientes se levantan en armas contra el Gobierno legítimo, creando dificultades, cuando más se necesita el concurso de todos para salvar la Sociedad, la Libertad y la Patria, etc., etc. Deponed recientes odios, aunad vuestras fuerzas; dad apoyo al Gobierno nacional; y si alguno se atreviera a pisar este suelo, virgen de escándalos y maldades, probadles que no en vano se ha de dejar arrebatar la paz que disfruta, envidiada del resto de la península'.- Y así. ¿Ha entendido?

- He entendido.

- ¿Y sabe que respondió Contreras?

- No; ¿qué respondió?

- Respondió que, sin tantas ceremonias, la milicia abandone de inmediato la ciudad; que se constituya el cantón, y que entre los más acaudalados encuentren el modo de juntar cien mil duros, cincuenta mil francos, además de todo cuanto se hallase en la tesorería del Ayuntamiento. Y para todo ello dejó un plazo de cuatro horas. La Diputación objetó al general la imposibilidad de poder reunir aquella suma, pues aquellos que podrían contribuir a esto, estaban ya fuera de la ciudad; que la milicia no quería saber absolutamente nada de abandonar la ciudad; y que, en un acto de piedad por las tristísimas

Bombardeo de las fragatas Almansa y Vitoria sobre Almería el 29 de julio de 1873. (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

consecuencias que se derivarían, suavizase sus exigencias. Contreras respondió tajantemente: Si al dar las doce del mediodía no tengo los cincuenta mil duros, abro fuego contra la ciudad, y en el intervalo de fumarme un puro os la incendio.

- ¿Eso dijo?

- Palabras textuales. Que no era cuestión de regatear: que quería los cien mil duros, que si esto no se cumplía abriría fuego contra la plaza, y en el tiempo en que se fumaba un cigarro, reduciría a cenizas la población. Se pidió consejo al comandante de las fuerzas militares; el cual respondió: que por su parte estaba dispuesto a morir en defensa de la patria; pero en caso de que el pueblo pidiese que él abandonase la ciudad para evitar daños mayores ligados a un bombardeo, estaba preparado, por amor a la población, a sacrificar no su honor, pero sí su destino en bien de sus intereses retirándose con sus tropas; si bien tenía que hacer presente que si se constituía el cantón bajo la presión de las fragatas, él al retirarse éstas volvería a dejar restablecida la legalidad. ¡Esto es hablar con el corazón en la mano! Una segunda delegación llevó a Contreras una obligación de diez mil duros, diciéndole que aquello era lo que con supremo esfuerzo habían podido recaudar; que la milicia se mostraba firme con cuanto había dicho, y que el declararse en cantón o no, se le confiaba a lo que el pueblo quisiese. Contreras respondió que si a las siete de la tarde no veía ondear la bandera roja en señal de aceptación, procedería al bombardeo de la ciudad; mandándole a modo de ensayo tres cañonazos que incrementarían en quince mil duros la suma de cien mil. Con tan bárbara exigencia, los que habían comprometido su palabra en el desembolso de los diez mil duros, respondieron rompiendo el documento, dando a entender de este modo que se puede inclinar la cabeza ante la prepotencia de la fuerza, pero debe alzarse siempre ante la desvergüenza de un ultraje.

Se hace de noche. ¡Noche de angustias y de miedo! Por la mañana Contreras manda a uno de los suyos a fin de que le sean señaladas las casas de los dirigentes, para dirigir oportunamente el fuego sobre la ciudad. Y poco después se ven venir sobre las aguas de seis a siete cañoneras tripuladas cada una por treinta hombres protegidos por las fragatas, y en un momento (eran las diez) se oye el primer cañonazo. La Almansa abrió fuego en primer lugar y le siguieron la Victoria y las cañoneras. Dejo de describir el espectáculo, sin parangón en la historia, de cañoneras y fragatas que vomitan balas sobre una ciudad que no podía responder nada más que con fusiles. ¡Y que tanto la tendrán en vilo! Después de nueve horas de estrambótico bombardeo, porque es preciso haber visto cómo apuntaban, y haber logrado agujerear una cañonera con los fusiles de nuestros valientes soldados que disparaban desde la playa, y tener un importante número de heridos, y haber sido tocados donde con tanta petulancia habían venido a tocar, desaparecieron, y emprendieron ruta para Málaga cubiertos de infamia y de maldiciones.

- ¿Y aquí finalizaron las gloriosas gestas de los intransigentes?

- Aquí acabaron, sí señor. Referir todos los actos de valor acontecidos en aquellas memorables horas, sería, como se suele decir, larga y ardua tarea. Lea nuestra Crónica Meridional del 31 de julio de aquel año y tendrá amplio conocimiento. Entre otras cosas encontrará, por ejemplo, que durante el bombardeo el gobernador y los guardias civiles, regocijados por la música de los muchachos expósitos, paseaban arriba y abajo (tal y como hacemos ahora nosotros dos), expuestos a la metralla y a las bombas, que silbaban a su alrededor; algunos voluntarios en el momento que estaban enarbolando dos banderas negras sobre la

Alcazaba, recibieron el saludo de dos contundentes cañonazos; un individuo, solo en medio de la plaza, desafiaba impávido la ira de las cañoneras contra las cuales mantenía un abundante fuego de mosquete, a pesar de que quien actuaba cerca de él hiciese todo esfuerzo por sacarlo de un lugar con tanto peligro. Y así sigue describiendo.

- ¿Y en Madrid qué decían?

- El primero de agosto enviaron un telegrama donde se decía, entre otras cosas, el gobierno felicita a esta autoridad, la fuerza militar y los voluntarios que han sabido salvar la ciudad, su honor y se une al júbilo de la población, etc., etc.

- ¿Y Castelar?

- ¿Castelar? Cuidado, Castelar es republicano.

- Por supuesto.

- Castelar declaró que por encima de cualquier empeño suyo estaba la unidad de la patria y que antes que republicano es español.

- ¡Agua caliente!

- Y fue aprobada la propuesta de reprender a los diputados insurgentes por ciento veinticinco votos contra veinticinco.- Y aquí termino.

- Gracias. Muchísimas gracias

LAS NOTICIAS.

El Ateneo y el Círculo

Por la tarde se puede pasar un rato placenteramente en el Ateneo, donde se reúnen médicos, ingenieros, abogados: los intelectuales de la ciudad en una palabra. Allí no faltan los mejores periódicos españoles y extranjeros y una buena, cuando no rica biblioteca. Se aplican en lecturas, se discute sobre temas filosóficos, científicos y literarios. ¡Merece la pena ver que actividad hay! En verdad muchas ciudades italianas no tienen una academia que pueda compararse con este Ateneo, el cual fue fundado sin presunción alguna y disfruta de una vida, por lo que respecta al lugar y a las actuales condiciones políticas, muy próspera. O bien al Círculo, que es otro selecto centro donde se puede matar el tiempo en las elegantes salas de café, en las de música, de conversación, de lectura y de juego.

Feria y fiestas de agosto

Por el 18 de agosto comienzan las grandes fiestas. Desde la víspera de este día en adelante, detonaciones muy ruidosas de cohetes que estallan por el aire y un alegre sonido de banda de música que recorre las principales vías de la ciudad, anunciando a los habitantes de Almería que estamos en la víspera de la feria. Este anuncio es saludado con la mayor alegría del mundo por los niños, por las hermosas señoritas, y por los corteses jovenzuelos. Los primeros esperan la muñeca, los caballitos, la espada; las segundas, los abanicos, los pendientes, las pulseras; y los corteses jovenzuelos, las ansiadas miradas y las dulces sonrisas de amor, por lo que no se puede expresar cómo aguzan el ingenio para encontrar el medio de dar una sorpresa con sus regalos a la esposa, a las hermanas, a los hermanos pequeños. Los de la feria son por consiguiente días de agitación compartida y de completo regocijo. Por la tarde se va al Paseo del Príncipe Alfonso a oír un poco de música, a ver el árbol de la cucaña y otros agradables pasatiempos de este género. Mientras tanto se hacen las nueve; desde las nueve hasta la medianoche música en la plaza. Se va a la plaza, la cual es un cuadrilátero inmenso, cerrado todo él por edificios: el palacio municipal, el del gobernador y otras dependencias públicas. Entré, y con un primer vistazo me pareció haber caído en una gran sala de baile atestada de gente, o en la platea de un inmenso teatro: murmullo, luces, música. ¡Casi nada! Una infinidad de elegantísimas casetas de madera, dispuestas en torno a la plaza, decoradas con paños variopintos, iluminadas por mil luces paralelas a las casetas; alrededor, una fila de sillas de hierro; en el espacio que hay entre las sillas y las casetas un buen trecho de ancha calle, sobre la que pasa y vuelve a pasar un gentío de toda edad, sexo y condición, y en medio de todo esto una gran explanada donde bulle un millar

Campesinos de la vega ataviados con sus mejores vestimentas hacia finales del. XIX. (Colección IEA).

de personas; y por encima de este hormiguero una columna, coronada por un aparato de iluminación con luz de magnesio, que produce una espléndida visión; y a la altura de la columna la Galería del antiguo palacio consistorial, con esbeltas columnitas y arcos elegantes, provista enteramente de lámparas de gas que se propagan hacia arriba, hacia abajo, a derecha, a izquierda, esparciendo por todas partes una abundancia de luz maravillosa, que se combina en guirnaldas, estrellas, arabescos sobremanera fantásticos y deslumbrantes. A la sombra de esta luminaria, por encima de la Galería, la banda de música, expande un mar de armonías una veces alegres, otras tristes, interpretadas de forma tan delicada que resultan insuperables.

El pueblo español anda loco por la música; razón de su bondad de sentimientos; porque el imperio de los sonidos acaba donde comienza el de las innobles pasiones. Y efectivamente la música ennoblece los espíritus; vuelve a despertar sentimientos que la injusticia de los hombres o el cansancio de los padecimientos ha adormecido; revela la existencia de alegrías que los profanos no aprecian; incita a realizar nuestras generosas aspiraciones, valores magnánimos; nos convierte en enamorarnos del bien, de la virtud, de todo cuanto aprovecha lo hermoso y se convierte en admirable por su bondad; nos despierta esperanzas nuevas en lo más profundo del corazón; nos aviva la fe en el bien; nos serena cuando un amargo recuerdo o un triste presentimiento turba el ánimo; nos alienta y refuerza a mantenernos en los buenos propósitos; a quien sufre, ella transmite al corazón bálsamo incomparablemente benéfico y sana las heridas de toda amargura cruel; ella consuela a los débiles o a los injustamente postrados; aplaca las iras más amargas y conjura y disipa toda razón de tristes intenciones; cuando ruega implora, cuando te conmueve te embelesa, te arranca las lágrimas; te usurpa hasta la creta de donde el soplo divino te dio humanas formas. ¡Ah, los españoles tienen motivo para estar locos por la música! Afectos y pasiones no tuvieron ni tendrán nunca lengua más eficaz que la música: *Ecce Ancilla Dei: Ave*.

En medio de la plaza pues la agitación no es menor que cerca de las casetas; sin contar una cantidad fuera del número de sillas dispuestas a lo largo y ancho, y una entera legión de aguadores, vendedores de turrón, avellanas frescas y tostadas.

- ¿Quiere ver a las mujeres andaluzas?

- ¿Me toma el pelo?

- Demos una vuelta.- Y adelante- A quien vaya a Andalucía le doy un buen consejo: cometa cualquier clase de imprudencia, salvo la de ir adonde hay muchas andaluzas. Es una imprudencia que supone muchas noches sin dormir, muchos suspiros y mucha lucha contra el demonio. Creédmelo bajo palabra de honor.

- ¿Y bien? Me preguntó mi amigo, después de haber dado la vuelta.

- Me largo a casa si es que estoy a tiempo de salvar la cabeza.

- ¿Está mareado?

- Estoy mareado de verdad.- Y como obedeciendo al instinto de conservación, puestas las gafas de sol salí de la plaza viendo todo verde, las maravillosas mujeres, las lamparillas de gas, las paredes de las casas y las personas con las que tropezaba, en cuyo rostro leía pintada de colores verdes la sorpresa, la maravilla y hasta el espanto. Llegué a casa. Me acosté, me dormí con las palabras del salmo XXX: Ten misericordia de mí, Oh Señor, porque estoy afligido: por la indignación está turbada mi vista, mi espíritu, y mis entrañas.

Así comienza la feria aquí en Almería. Podría hablar extensamente de las regatas a remo y a vela celebradas en el puerto, de los distintos tipos de cucaña, de la solemne función religiosa en honor y culto que la ciudad tributa a la excelsa patrona María Santísima del mar, que acaba con una gran procesión en la cual, además de todo el pueblo de la jurisdicción, participa el Municipio, y demás Corporaciones y cuerpos del Estado; del magnífico baile ofrecido en los salones de la *Sociedad Círculo de Almería*; de los preparativos para la Corrida de Toros, que por sí solos son una complicación europea y para el país, y de los cuales os hablaré próximamente, y también de los fuegos artificiales que, sin exageración, fueron magníficos. Pero no sé cuándo terminaría.

Lección de navaja española

Si va a Andalucía, guárdese bien de la navaja, me decía un gran amigo mío antes de mi partida para España. Es verdad que usted no se meterá en ciertos berenjenales donde se hace uso de esta arma terrible; pero sin embargo el saber que los andaluces, como maestros que son, a menudo la emplean por razones muy fútiles, no será inútil ni siquiera para quien, como usted, se ocupa sólo de sus asuntos. Esta arma terrible de mi amigo no es más que un largo machete, cuya hoja difiere de las habituales hojas de los grandes cuchillos de caza en que, desde la empuñadura hasta la mitad, la lámina se ensancha a veces hasta cuatro dedos; el filo está tan afilado que el de una navaja de afeitar no lo superaría, y la punta pincha como la de una aguja. Se abre y se cierra a modo de los cortaplumas, de ahí el nombre que algunos le dan de cortaplumas. La empuñadura de madera o de hueso, más o menos adornada con ribetes de latón o de plata, es tan larga que basta para guardar completamente la hoja. La cual a veces está totalmente cubierta de arabescos, otras de motes, de sentencias, de amenazas, grabadas con aguafuerte, o trabajadas a la ataujía[174] en las navajas de gran lujo. He aquí un aviso: Si esta víbora te pica no hay remedio en la botica. Si esta víbora te muerde, ya no hay remedio.

Personaje popular con navaja, según dibujo de Doré hacia mediados del s. XIX.

Desde el momento en que llegué a Andalucía no me quitaba de encima la obsesión de poseer una navaja. Y por este motivo en la Feria de Almería lo primero que hice fue comprarme una, la más grande de las ya de por sí enormes navajas que pude encontrar en las tiendas de herramienta, y se la enseñé a mi barbero, como una rareza en su especie.

El buen barbero la miró, luego me miró y sonrió, diciendo: *Es pequeña*.

- ¡Pequeña, ha dicho!

- Ya lo creo. Una buena navaja ha de tener al menos esta largura.

Y me señaló la medida de medio brazo.

- ¿Sólo la hoja?

- Sólo la hoja.

- Igual da comprar una espada.

- Entonces se tiene una espada. La navaja en la mano de un buen diestro puede hacer la función de la más larga y flexible hoja de Toledo. ¿No conoce los duelos con navaja?

- En absoluto.

- ¡Imposible!

---

[174] N.T. Obra de adorno que se hace con filamentos de oro o plata embutiéndolos en ranuras o huecos previamente abiertos en piezas de hierro u otro metal (Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1992).

- ¡De verdad!
- Siendo así, quiero darle alguna pista.

Y pasándome la navaja de afeitar garbosamente por las mejillas de abajo hacia arriba, comenzó a iniciarme en los misterios de esta horrible carnicería (matadero), ilustrando sus palabras con acciones, tiempos, contratiempos, golpes verdaderos, alardes, engaños, que no habría sabido hacer mejor el más hábil profesor de navaja, ni el autor mismo del arte de manciar[175] la navaja.

- ¿Y se ensartan sin remedio?
- En contadas ocasiones la reyerta finaliza con algún simple javeque[176], que es una cuchillada hecha sobre el rostro y que significa: no te considero digno de un agujero en el vientre, y por ahora conténtate con esto.- Habitualmente se tienen muy en cuenta los golpes infligidos en la parte baja, aquellos, por ejemplo, que pasando de derecha a izquierda comienzan cortando el hígado, o de izquierda a derecha descubren el bazo, los intestinos, y muchas veces también el estómago.
- Adelante.
- Un golpe que requiere gran agilidad y ojo ejercitado es el fiorentazo[177], el cual abre el vientre de abajo hacia arriba haciendo un orificio por donde los intestinos pueden salir con mucha holgura. Los profesores de primer círculo, y los de los contrarios que no dudan en dejarse la piel en la lucha, realizados unos pocos amagos hasta conocer el punto débil del adversario, intentan un desiarretazo, que es la quintaesencia de los golpes y es mortal de necesidad.
- Muy bien; continúe.
- Está bien, se trata de entrar por la espalda, entre las últimas costillas, y llegar al corazón. Pero si no se es ágil y preciso se corre el riesgo de ser traspasado de parte a parte por el enemigo, del modo más solemne que se pueda ver. Porque no hay golpe que, con mayor peligro, exponga la integridad de la persona a las ventajas del adversario como el desiarretazo.- ¿Y sabe cuál es, en el noventa y nueve por ciento de las ocasiones, el desenlace de un desiarretazo?
- El mutuo apuñalamiento de los dos valientes.
- ¡Bravo!
- Amen.

Si os digo que durante esta lección no habría dado un céntimo por mi integridad, parecería una exageración. Sin embargo es así. Pensaba continuamente: si

Luchando con navajas, según dibujo de Doré hacia mediados del s. XIX.

ese hombre en el ardor de la explicación me hace un tajo en el cuello, estoy aviado. Y al pensar en esto me venía un sudor frío en forma de grandes goterones como nueces. Y ya notaba la navaja de afeitar penetrar en mi carne, ya me veía ensartado, descuartizado; y mis pobres miembros esparcidos a los cuatro vientos.

- Un charco de sangre coagulada, -continuó el buen barbero-, *dos desesperados que luchan con la muerte, algunas blasfemias, algunas oraciones, el nombre de la madre o el de la esposa murmurado entre estertor y estertor: he aquí la última escena de aquella tragedia.- ¡Es atroz!*
- ¡Qué! Bagatelas.

Y en diciendo esto me miré en el espejo –y me espanté de mí mismo: estaba blanco, tan desfigurado que parecía un muerto, recién levantado de la tumba.

- Confiese Usted francamente que es una atrocidad.
- ¡Qué dice! Le repito que son bagatelas.

El barbero, habiendo comprobado que yo era hombre duro e imperturbable, se marchó con el rabo entre las piernas diciendo cortésmente: *Que Usted lo pase bien*.

Entonces eché la vista sobre la navaja que estaba allí, sobre la mesita, y me pareció manchada de sangre. Y me entró un temblor como nunca antes.

---

[175] N.T. Empuñar, esgrimir.

[176] N.T. Jabeque: Herida en el rostro hecha con arma blanca corta (Real academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1992).

[177] N.T. Puede referirse por similitud al golpe dado con el florete, que recibe la denominación de floretazo.

Puente de la carretera entre Puerto Lumbreras y Almería. (Foto de José Rodrigo; reproducida del catálogo *El Siglo Minero*, IEA, 1991).

- *Pero sí,* sin embargo grité, *sí, esas son bagatelas hermosas y buenas*.- Y, tras coger el sombrero, escapé de casa y corrí directamente hasta el café Suizo a tomar un refresco.

Descripción de la provincia, la ciudad y los caminos

Sin querer ofender a los compiladores de diccionarios geográficos tanto nuestros como extranjeros que hablan de Almería, y para útil enseñanza de los estudiosos, resulta oportuno destacar que esta ciudad (dejamos a quien tenga tiempo y ganas la tarea de esforzarse en torno a su origen, fenicio según algunos, según otros romano y fundada por el rey godo Amalarico) cuenta hoy con más de 34.000 habitantes; que la provincia de Almería fue creada en 1822, en 1823 fue incorporada al territorio de Granada; decretada en 1833 la nueva división territorial, fue nuevamente creada devolviéndole sus antiguas fronteras. Limita al Norte con la provincia de Granada y Murcia, al Oeste con Granada, al Sudeste con el Mediterráneo. De Norte a Sur está bañada por el mar en una extensión de 16 leguas, y de Este a Oeste en más de 28. Está compuesta de 108 lugares habitados, o sea de cuatro ciudades, 29 villas, 69 aldeas, una aldea con jurisdicción y término propio, 5 alcaidías. Entre todos estos lugares no se cuentan menos de 103 ayuntamientos (municipios), divididos en 9 partidos judiciales. El clima es muy templado, en la costa, por supuesto, porque en el interior y en las sierras el invierno se deja sentir bastante bien; se comprende, casi todo el territorio está formado por montes, y alguno se eleva a considerable altura.

La ciudad de Almería no posee ya ni aquel esplendor ni aquella gloria que tuvo en tiempos remotos, porque por encima de cualquier otra cosa los caminos que a ella nos conducen son, como decía, una cosa imposible. Y en verdad no se sabe de quién es la culpa. Un poco es del gobierno, que centrado completamente en sus derechos, olvida los deberes que lo unen al pueblo; y un poco es del mismo pueblo, que absolutamente centrado en todo lo que el gobierno le debe, olvida que este bendito gobierno no sabe ya a qué santo encomendarse, y que lo único que puede hacer en medio de tanto desorden es no hacer nada hasta que a la voluntad de Dios y de la nación no le plazca calmar la tempestad que le zumba en la cabeza con tan obstinada amenaza.

La provincia de Almería, dejadme decir esto, es una de las más ricas de España porque tiene innumerables minas de plomo, zinc, hierro, cobre, plata y otros metales. El esparto crece en cantidad tan abundante que se recogen cada año de quince a veinte mil toneladas. Lo envían (la mayor parte) a Inglaterra, donde lo preparan para fabricar papel. La uva, que es de una calidad exquisita, cuando es embarrilada con esmero se conserva tan bien durante cinco o seis meses que parece recién cortada de las vides; es muy demandada en Inglaterra, Holanda, Bélgica, Suecia, Rusia y América, adonde envían cada año de ciento cincuenta a doscientos mil barriles. Con respecto a la industria estamos mal. Quitada la escasa elaboración del esparto, se puede decir que en Almería las industrias han desaparecido del todo. Y la razón de este infortunio son los caminos; los caminos que aquí son cosa imposible de hallar, por servirme de una frase hecha. Decir que en toda la provincia no se encuentra un kilómetro de camino practicable por todo el oro del mundo, parece una fábula de las que se cuentan al calor del hogar, y sin embargo es la pura, purísima verdad. Un comerciante, o un pequeño industrial, que tenga sus mercancías deambulando por la provincia a su suerte, pasa las noches sin dormir, le salen canas, y acorta su vida. Y a quien viaja le sucede lo mismo. Es verdad que está la comodidad de los vapores, pero el vapor arriba y parte en días prefijados. Y luego no todos los sitios son costeros; y luego, luego el enorme fastidio de tener que viajar en vapor, los días establecidos, con buen o mal tiempo, sanos o enfermos, o, cuando uno no quiera quebrantarse, en tartana, como me ha sucedido a mí y a otros miles y miles a los que ha tocado en suerte hacer el mismo viaje con el *correo*. Y a pesar de esto dejemos el quebranto, ¡pero el precioso tiempo

que se pierde viajando de aquella manera! Mientras, con poco sacrificio por parte del Gobierno, ya se habría podido, desde hace diez años, ejecutar este bendito tramo de Almería a Linares, del que os he hablado en otra parte, y consolar a toda una provincia, ¡una provincia tan digna de semejantes consuelos!

Y aquí pongo el punto y final augurando a Almería el esplendor de antaño. La hacen digna de ello sus riquezas naturales, su posición geográfica y su historia: el ferrocarril le ofrece la más legítima esperanza, y la buena voluntad de sus ciudadanos la más segura garantía.

LIDIA DE TOROS. ALMERÍA, SEPTIEMBRE DE 1875

Y os excita con sangre y con batalla
Desatinado deseo, que embriaga los sentidos
con furiosa dulzura

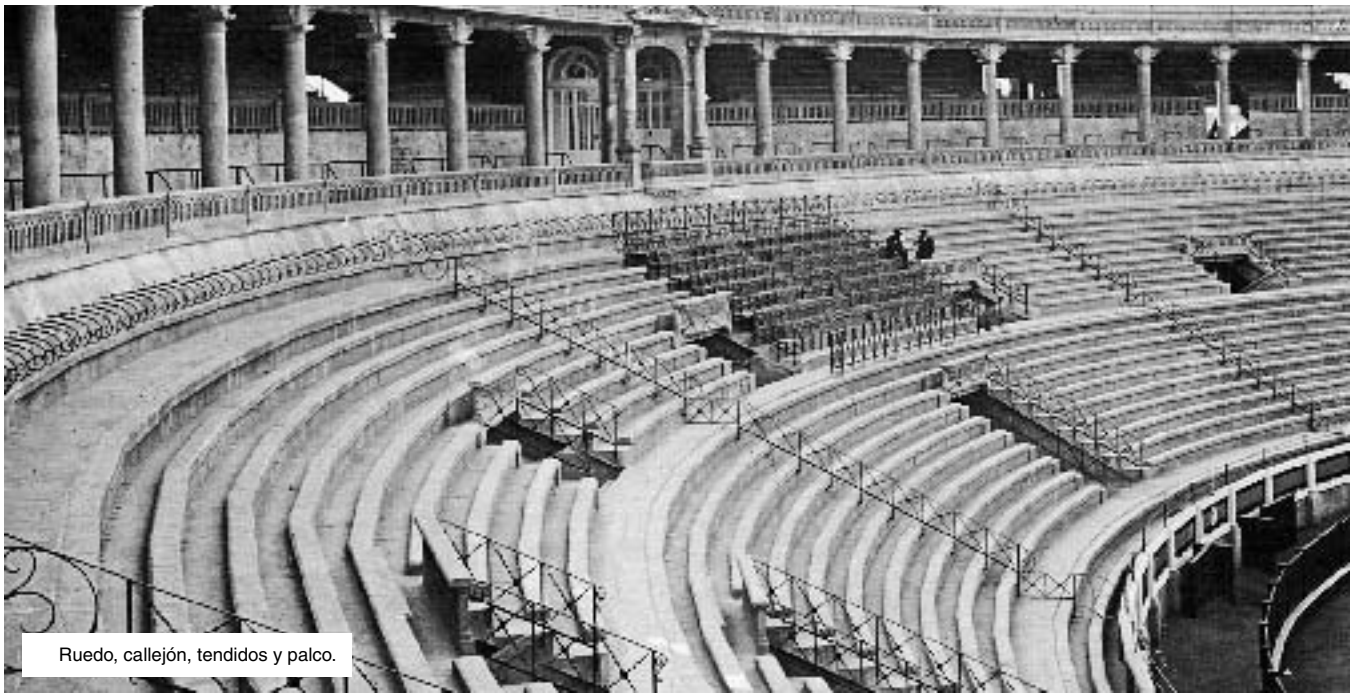
Los preparativos para la corrida de Toros.- Qué es una Plaza de Toros.- Los picadores, los capeadores, los banderilleros, los espadas.- Comienza la carnicería.- El gordito.- Una prueba de consideración al espada.- Cómo acaba el espectáculo de una lidia de toros, y beneficio que proporciona al espíritu.

Ya desde los primeros días de agosto el ayuntamiento constitucional de Almería había publicado en grandes carteles, en el anuncio de las fiestas que tienen lugar anualmente en esta ciudad, el programa de la Feria que será celebrada con "*toda la esplendidez que sea compatible con el estado de los fondos municipales*, que *en los días 21 y 23 se efectuarán dos brillantes corridas de toros de muerte*". Huelga decir que ese anuncio es divulgado en pocas horas por todos los pequeños pueblos, caseríos y villas de la provincia; por toda Andalucía. En Granada, en Córdoba, en Sevilla, en Cádiz, en Málaga, en Motril no se habla nada más que de la Corrida de Toros que se celebra en tal o cual lugar, de los espadas, de las cuadrillas de picadores y de banderilleros, de toros y de caballos. Y decir que en España las ciudades que no tienen una Plaza de Toros se pueden contar con los dedos de una mano. Ciudades de segundo, de tercer orden tienen su Plaza, celebran su corrida más o menos cruenta, y se mofan de periódicos y ministros que claman contra este inocente pasatiempo. En el mes que precede a la Corrida, reina sobre la ciudad como un ambiente de ardor contagioso, una especie de ansioso delirio, una agitación extraña medio seria, medio ridícula, de la que son todos víctimas, sin diferencia de edad, sexo y condición. No se puede dar un paso sin que

Alguacilillo.

se oiga hablar de la Corrida de Toros, predecir cuántos caballos acabarán muertos, cuántos heridos; ensalzar el tamaño de los toros, el valor de los espadas, la audacia de los banderilleros, la precisión de los picadores, etcétera; de ello se habla en las casas, en los teatros y por todas partes con desmedido apasionamiento; y, no es broma, en las mismas iglesias apostaría que la morena muchacha tiene el corazón más en la Plaza que en la oración. Lo que a primera vista resulta inexplicable es cómo puede suceder que un espectáculo tan habitual por toda España, y que se celebra con tanta frecuencia, no haya conseguido aburrir a estos benditos españoles, sino más bien al contrario, los enamore cada vez más perdidamente. No se entiende. Debe ser uno de tantos conflictos psicológicos que permanecen sin explicación, o que obedecen a ciertas razones que no son tales.

Quien quiera tener una idea de lo que es una Plaza de Toros debe imaginarse un anfiteatro vastísimo, capaz, según la ciudad, para seis, diez, dieciocho mil personas. Nada más entrar, os invade una especie de aturdimiento: veis y no comprendéis nada. El ruedo, en medio; un par de palmos por encima del ruedo y alrededor de éste, un escalón; después del escalón, una barrera de madera que llega hasta el pecho de un hombre o algo más; después de la barrera, un corredor por donde van y vienen


Ruedo, callejón, tendidos y palco.

toreros, aficionados, chulos, guardias municipales, etc.; después del corredor, otra barrera, y tras ésta un graderío y luego dos palcos de distinta categoría, y encima de los palcos grandes astas ornadas de banderas, blasones, emblemas que ondean al viento en mil giros vertiginosos. Es una gran cantidad de cabezas, sombreros, sombrillas, abanicos, vestidos rojos, amarillos, blancos, azules, que se mueven, se agitan como un prado atestado de flores cuando sopla el viento impetuoso, o, si os parece mejor la imagen, un mar de colores en plena tempestad. Es un alboroto de sonidos indescriptible: pitos, gritos de muchachos, mugidos de toros en cautividad, estruendo de golpes y carracas de toda clase, tintineo de campanillas que os golpean los tímpanos, toques de trompetillas de niños, y el todo se expande en un solo estruendo, un estruendo espantoso, tremendo. Lo que parece increíble es que por encima de todo este infierno se distinga la voz del vendedor de avellanas con su: "*Tengo avellanas*, o *avellanas tostadas, que queman calientes, se la doy avellanas carameladas*"; del aguador: "*Agua fresca… quién quiere el hielo*"; del vendedor de abanicos: "*Abanicos, abanicos*"; de un coro de jaraneros que vocean: "*Música, que toque la música, música*". Y otros. *¡Silencio!* Uno del graderío se pone en pie y señala hacia un palco; se levanta otro, un tercero, diez, veinte, cincuenta. *¿Qué es? ¿Qué ha pasado?*

Silencio. El primero hace una señal con la mano. Cantan: *El de la gabi-na que se la qui-te*.

- ¿Qué significa esta solfa?

- Mire hacia el palco número tal, ¿ve a aquel señor con la chistera? No quieren saber nada de chisteras y se lo dicen con música: El del som-bre-ro que se lo qui-te.

- ¿Y ahora a qué aplauden?

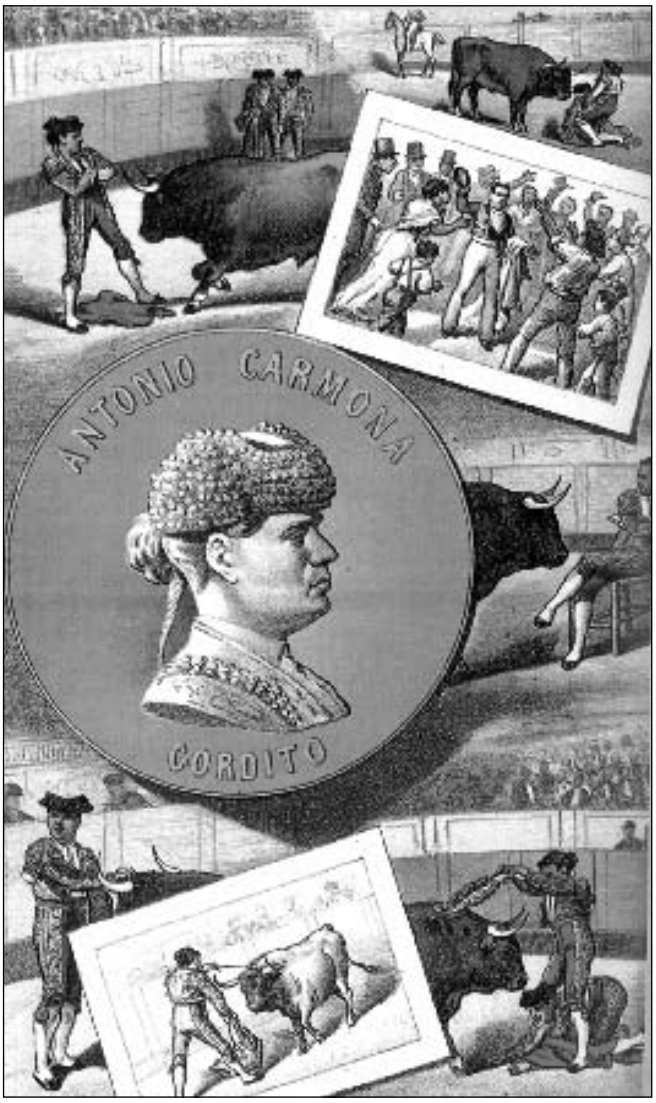
- ¿No ve? Se ha quitado el sombrero: ¡Somos caballeros, caramba! ¡Diablos!

Un cañonazo lejano.

- ¿Qué pasa?

- No se asuste, no es más que un toque de tambor con que el maestro avisa a los músicos que estén preparados para tocar las trompetas.- Por fortuna, tocan. Se hace un poco de silencio.*- Mire hacia aquel parco de allá arriba, el del medio; ha venido el Alcalde, le llevan para que compruebe si el hierro de las picas tiene la medida exigida. Ya está: Ahora atento; dirija la vista hacia la terraza de aquí abajo, hacia el toril. Desde este lugar se dan las órdenes, y de la puerta inferior sale el toro.* ¡Un toque de trompeta! *Mire aquella puerta de la izquierda.*

La abren. Entran dos hombres a caballo, vestidos de negro con sombrero emplumado y con las botas sujetas con hebillas. Dos caballeros de la España del pasado. Dan la vuelta al ruedo y se detienen delante del palco del Alcalde. El Alcalde hace una señal, y estos vuelven hacia la puerta por donde han entrado y se ponen a la cabeza de la cuadrilla, o sea de todos los *toreros* que tomarán parte en el espectáculo. Helos aquí "lozanos en belicosa solemnidad". Delante de todos los dos caballeros, luego los dos



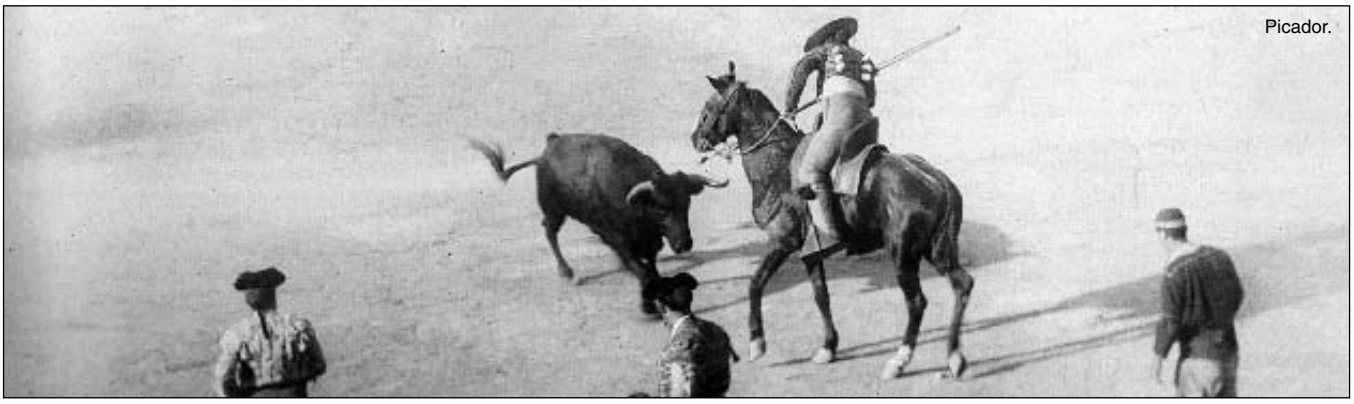
El Gordito.

espadas, el de la izquierda Antonio Carmona (apodado *el Gordito*), y el de la derecha Vicente Villaverde. Vestidos de raso de seda verde, azul, rosa, violeta, desde el cuello a las rodillas.- ¿De raso? Sería necesario decir cubiertos de oro, tantos y tales son los bordados, las lentejuelas, los ribetes, los colgantes que les cubren los hombros, el pecho, la espalda, los brazos, la parte delantera de los muslos hasta la rodilla; de la rodilla al pie medias blancas que ciñen dos pantorrillas nunca vistas; en la cabeza un gorro de pelo negro, la montera, un faja de seda en la cintura y en la mano una capa de raso de seda, igualmente cubierto de bordados de oro: aquí tenéis de manera sencilla el retrato de los *espadas*, hombres vigorosos, nuevos Hércules de la fábula mitológica, nacidos para domar al enorme Toro de Creta o estrangular al León de la floresta Nemea; gente que gana la bagatela de veinte o treinta mil francos al año, respetados, idolatrados, llevados entre algodones por toda España. Detrás de ellos los banderilleros y los capeadores, doce o catorce jovenzuelos todos de raso y oro, ligeros, ágiles, de miembros robustos, pero elegantes como ningún otro, gallardos, cuello musculoso como los *espadas*: entran con paso lento y majestuoso, de manera que con cada cambio de paso se nos revelan a la mirada, al margen de los trajes bien ceñidos, ciertas marcas de haces musculares que Canova, al verlos, perdería los estribos sin más consejo. Luego los picadores a caballo, igualmente ornados de oro, pero con apariencia más guerrera. Son hombres fornidos, verdaderos colosos, no tanto por su aspecto como por sus acciones. Tienen pechos anchos, hombros poderosos y brazos de hierro. Visten una chaquetilla de paño o terciopelo, muy corta, bordada, calzones de piel, desde el pie a los muslos embutidos en esparto y revestidos de láminas de hierro y de plomo, contra los cuales nada pueden los cuernos de los toros; en la cabeza un gran sombrero de ala ancha, en el puño una gran pica y en el pecho un valor digno de toda maravilla. En seguida, los chulos: una brigada de criados que siempre están preparados para proveer las capas, las picas, para golpear a los caballos cuando se muestran reacios o moribundos, para levantar a los picadores caídos debajo de los caballos, para cubrir con tierra las manchas de sangre sobre el albero o quitar cualquier otra cosa. Cerrando la comitiva, las mulas, enjaezadas, franjeadas y engalanadas, las cuales arrastrarán fuera de la Plaza a los caballos muertos y a los toros sacrificados.

Atraviesan todos juntos el ruedo, se dirigen hasta el palco del Alcalde, delante del cual se detienen para pedir la llave del toril, que inmediatamente les es entregada. Entonces la cuadrilla se disuelve, se dispersa; los dos caballeros se alejan del ruedo; los capeadores y los banderilleros agarran las capas, y cuatro *picadores* están ya preparados, próximos a la barrera con la lanza en guardia. Cesa todo murmullo, doce mil ojos se dirigen hacia un solo punto, debajo del toril, la puerta por donde debe entrar el toro. Suena la trompeta. ¡Silencio! La puerta se abre: se oye un mugido: un hombre lleva en la mano un escarapela en la que está escondida una saeta que será clavada en las carnes del toro; aquel hombre se inclina, levanta el brazo…abajo con una contundente palmada… ¡Oh! Una masa enorme, salvaje, irrumpe en la plaza; es el toro, y lleva la escarapela clavada en medio del lomo. Un solo grito, inmenso, es el saludo.- *Hermoso toro, buen bicho, Eviva*. Sale furibundo, y parece que quiera derribar el mundo; de repente se detiene como aturdido por el espectáculo que tiene delante; gira la cabeza primero a la derecha, después a la izquierda, tampoco él comprende qué

El paseillo.

ocurre, no sabe qué ha venido a hacer allí en medio de aquel tumulto de voces y colores. Un capeador salta al ruedo, se le acerca y le arroja una capa roja sobre el hocico; otro le pasa por el lado y le bolea una amarilla entre los cuernos; un tercero tiene una azul y se la pone en el mentón; el toro corre, salta, brama, asesta cornadas a derecha, a izquierda, con una presteza, con una furia iracunda, imposible de describir, embistiendo siempre a las capas. Se encuentra con los picadores, ve lo que por exceso de prisa aún no había advertido: caballo y caballero. Se lanza encima de este nuevo obstáculo con desconsiderado ímpetu, baja la cabeza, da dos pasos hacia delante, y abajo. ¡Ay! El caballo está destripado. No; el *picador* tiene el brazo de hierro, le ha clavado la lanza entre la cabeza y el cuello mientras se agachaba para darle la cornada, y lo ha salvado.
– *Bien, bravo, buen golpe, anda*, son los gritos de una muchedumbre admirada por tanta fuerza y bravura. El toro resopla, la herida sangra, corre en medio del ruedo, escarba con las patas en la tierra, se agita completamente; los capeadores lo azuzan; se encuentra con otro picador, arremete contra él: una, dos, tres cornadas. ¡Ay! El caballo tiene el vientre desgarrado, le cuelgan fuera las tripas. – *Perro*, grita la muchedumbre indignada al torpe caballero, *fuera, dadle garrote*. – El picador, pobre hombre, está abochornado por la vergüenza, no se atreve a levantar la mirada, se amilana, se confunde cada vez más a medida que aumentan los insultos; quiere la revancha, debe quererla; este pensamiento lo fortalece, le devuelve el ardor. Hagámosle frente. El caballo está extenuado, no puede más, recula; ¡se le ha caído la venda de los ojos! Ve, - ¡ah ve!- No quiere avanzar. Los chulos le vuelven a colocar la venda, lo golpean con un nudoso bastón y la pobre bestia camina. He aquí el toro: está furioso, cae sobre él… retrocede: ha sentido la lanza; vuelve al asalto… retrocede de nuevo: *Muy buena pica, adelante, anda*. – Un tercer asalto. El picador, en el furor de la lidia o por el violentísimo empujón infligido por el toro, esta vez le introduce la pica demasiado dentro de la carne.- *¡Pícaro! ¡Matadle, asesino, verdugo!* Ah, grita con todo su corazón el picador, venid vosotros aquí y veréis si soy merecedor de estas injurias. Pero a excepción del rubor ninguna otra emoción se vislumbra en su rostro; el picador sabe que esos mismos que ahora lo insultan y lo persiguen, acabada la corrida, lo olvidan todo, y son los amigos más queridos que él pueda jamás desear.
Un cuarto asalto. - *¡Ah! ¿Qué es aquello amarillento que sale del vientre del caballo? – Es la vejiga… ¿y aquella masa que ha caído ahora? Es el estómago o qué sé yo… Ah, mire, mire cuánto se le sale… son todas las tripas; está vacío: ha terminado de padecer, ¡está muerto!* – Y el pobre caballo, tambaleándose un poco, cayó redondo al suelo, rígido, el ojo cerrado, los labios como contraídos por la postrera sonrisa de la agonía. – *¡Ah, no aguanto más, déjenme marcharme! ¡Se me rompe el corazón! - ¿Está loco? Ahora viene lo bueno: deje de lado la piedad y no pierda de vista al toro. Mire al ruedo.* – Tres caballos yacían allí muertos, dos seguían manteniéndose en pie a pesar de que les colgaban las tripas hasta el suelo, y uno tenía comprometida una pata, de modo que cada paso era un verdadero martirio. Miré al toro, tenía los cuernos rojos, el cuello ensangrentado, los ojos salidos, daba cornadas como un desesperado contra las capas, contra los capeadores que lo escarnecían, contra la barrera de madera que agujereaba y hacía pedazos, contra todos y contra todo. Uno de los picadores, después de dar una vuelta por el ruedo, puso


Picador.

la lanza en ristre y esperó, parado, al enemigo. El toro comprendió el juego, corrió con la cabeza agachada hasta el vientre del caballo; entonces el picador intentó clavar en el cuello la enorme lanza, pero ésta se quebró en el embate, el toro dio la cornada y picador y caballo fueron levantados como un solo cuerpo y arrojados en medio del ruedo. – *¡Capa, capa, salvad ese hombre, al toro!* Gritaban desde los graderíos y los palcos. Los capeadores, que están siempre alrededor de los caballos, tiraron con celeridad la capa a la vista de la fiera para que se distrajese y dirigiese su furia contra ellos o contra cualquier otro *picador*. Mientras una parte de los chulos ayudan al caballo para que se levante, otros socorren al *picador* caído y lo vuelven a poner en su silla cuando el caballo es aún capaz de sostenerlo. A veces sucede que los chulos no pueden socorrer con presteza al picador, por lo que éste intenta salvarse por sí mismo, rodando por el ruedo hasta que se topa con quien lo levante y lo ayude a ir hasta la barrera y le eche una mano para protegerse tras la misma. El toro, entre tanto, prosigue su sangrienta labor. Nuevos caballos entran en el ruedo: ¿caballos? Son caballos sólo porque los llaman de ese modo, pero si no los llamasen así, ¡por Dios! no podrían ser caballos - ¡hasta tal punto están deslomados! El toro no pide otra cosa mejor: serán todos ensartados en mayor o menor medida. Poco importa: si mueren, están los mulos; si se le salen las entrañas, está el cirujano para ponerlas en su lugar, y no hay nada que un buen zurcido no remedie; se trata de carne de cornadas.

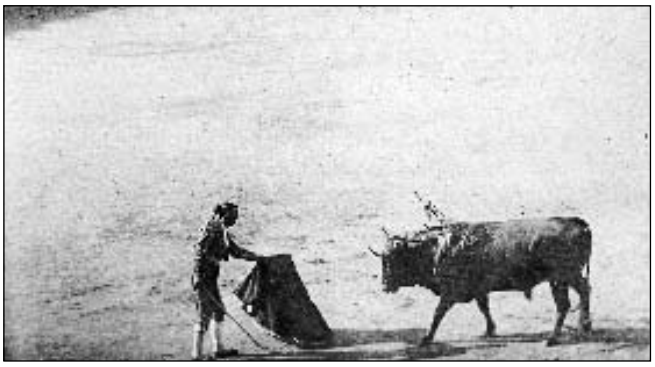
¡Atentos! Un toque de trompeta. ¿Algo comienza? Es la segunda parte de la carnicería. Les toca a los banderilleros. Los picadores se retiran; los caballos muertos, "sangrienta panorámica", se dejan donde están. Saltan desde el corredor al ruedo los banderilleros, se acercan al *toril* a recoger las banderillas. La banderilla es una vara de aproximadamente un metro de largo, envuelta por tiras de papel de colores, y que termina en un hierro puntiagudo de forma que, una vez entra en la carne, no puede salir si no es arrancándola con esfuerzo. El toro está en medio del ruedo, amenazante y terrible; el banderillero, portando una saeta en cada mano, va a su encuentro. Lo provoca con las banderillas bien levantadas. El toro, sin perder tiempo, se abalanza hacia el hombre, el hombre, hacia el toro: éste baja la cabeza, aquél toma carrerilla: el cuerno fatal ha ensartado al banderillero. No, lo ha rozado, pero las saetas son colocadas en el cuello de forma magistral. – *Bravo, bien, buen par de banderillas*. El toro se sacude, levanta el albero, resopla, muge; los capeadores le muestran la capa; se enfurece, pobre de aquel que se ponga al alcance de sus formidables cuernos, sería lanzado sin remedio hasta el graderío. Es un instante de espanto. Las señoras se tapan los ojos con las manos, los niños aterrorizados, sin saber porqué, miran hacia el ruedo y hacia los rostros de las madres, muchos hombres palidecen, todos contienen el aliento, no se rompería aquel silencio de muerte por nada del mundo. "Se estremecen los coros y se encoge el alma"; es justamente así.

- ¿Qué quiere hacer aquel temerario con la silla en la mano?

- ¿No lo sabe? El Gordito pone las banderillas al toro sentado en una silla.

- ¡No es posible!

Y antes de que el amigo respondiese, el Gordito estaba ya sentado en medio de la Plaza, llevaba en la mano las banderillas y con gestos y con palabras provocaba al toro para que se le embistiese. La fiera, casi impresionada por semejante audacia, se detuvo un instante hasta clavar la vista en el valeroso *torero*, que se le rió en su morro, y los espectadores



Suerte de banderillas y último tercio.

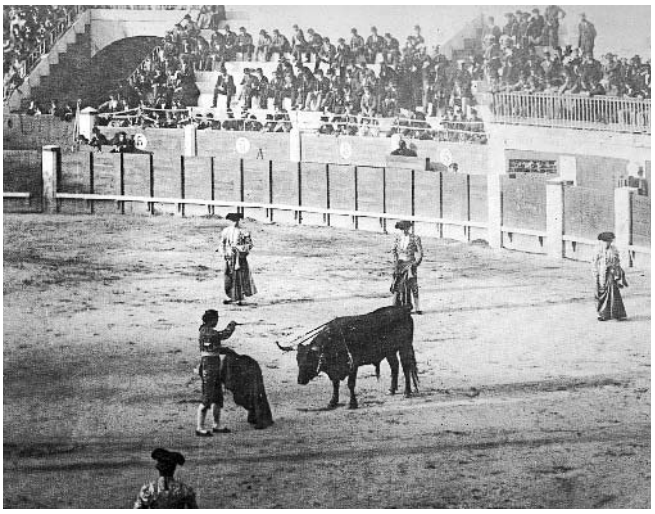
aplaudieron. Un momento después dos cuernos se hallaban sobre el pecho del banderillero. Calmaos; lo esquivó con raudo salto, y en el mismo momento hundía profundamente en el cuello las dos banderillas; el toro levantó la cabeza con una rapidez tremenda, pero dio en la silla, porque el Gordito estaba ya a veinte pasos de distancia. El estruendo de aplausos que siguió fue indescriptible. Después le tocó al tercer banderillero, luego a un cuarto, a un quinto, hasta que alrededor de un determinado punto del cuello hubo una corona de *banderillas*, las cuales, cuanto más se sacudía el toro para quitárselas, más se clavaban en su carne.

Un toque de trompeta. Es la tercera y última parte. Le toca al espada. Es el momento de mostrar toda la serenidad, toda la fuerza, toda la destreza, todo el valor de que es capaz un hijo de Adán. Le toca al primer espada, a Antonio Carmona. El Gordito entra en el ruedo llevando en una mano la muleta, que es una pequeña capa de color rojo vivo, asida a una pequeña vara de madera, en la otra una espada de no más de un metro de larga. Franco, sonriente, tan alegre que parece que fuese a juguetear con un niño en lugar de combatir a una fiera, se dirige al palco del Alcalde; le dedica un brindis que acaba con la fórmula sacramental: o mataré al toro o me matará él a mí. Se vuelve, levanta la montera y la lanza al aire. La montera termina cayendo en el graderío. No os diré cuántos brazos se alzan en aquel momento. ¡Afortunado quien consigue cogerla! – Tendrá el honor de devolvérsela al espada cuando haya matado al toro.

Y aquí viene muy a propósito la exclamación dantesca:

Oh mente que escribiste lo que yo vi,
aquí se mostrará tu nobleza.

El toque de trompeta que anuncia el turno del espada regocija a todos los espectadores, porque en todos ha surgido un odio mortal contra el toro que ha hecho derramar tanta sangre a los caballos. El espada, hechas sus reverencias al Alcalde, se planta en medio de la Plaza. Una "taciturna fila" de capeadores lo sigue y está atenta a sus señales, con el fin de conducir al toro hasta la parte más adecuada del ruedo. La fiera, atormentada por las punzadas de la pica, burlada por las capas, flagelada por las puntas de las banderillas, deseosa de sangre, se encuentra de repente con el valeroso matador. - ¡Ah, estás aquí! Parece que le grite fuera de sí por las vejaciones sufridas, y se le echa encima con todo el ímpetu de su enorme tamaño. El *espada* lo esperaba: con una imperturbabilidad que asombra se inclina hacia un lado; el cuerno le roza el costado, el pecho, pero pasa de largo: está ileso. *¡Viva el Gordito!* Vuelve al asalto, el *espada* le pasa la muleta de derecha a izquierda: seis, ocho, diez veces: se la pasa por los cuernos, por los ojos. El toro parece enloquecer por la rabia y el dolor, se azota con el rabo los costados, muge, agita su enorme cuello, baja la cabeza y repentinamente la levanta, la vuelve a bajar, la vuelve a levantar; son las cornadas de la extenuación; ni siquiera tocan la muleta. Cien veces los ojos creen ver el terrible cuerno penetrar en el vientre del hombre, y cien veces el hombre, sosegado, tranquilo, sereno, lo esquiva y le responde con una sonora carcajada que encuentra eco en toda la Plaza. - *¡Ahora, paso de muleta, dale, dale!* Gritan algunas voces. Pobre del hombre si se cansa antes que el toro: está perdido. - *¡Ahora, dale, dale!* De repente, el *torero* levanta la espada, ha decidido; los gritos cesan como por encanto, todas las miradas se dirigen hacia los dos reyes del combate con una ansiedad y temor indescriptibles. Apunta… y abajo. El hierro, hundido en el cuello hasta la empuñadura, ha alcanzado el corazón y lo ha atravesado. Un mugido tremen-



Suerte suprema y el triunfo.

do, que acaba en estertor, anuncia a todos que el toro ha muerto. No es posible imaginar el alboroto con que se acoge este funesto anuncio. Hasta el ruedo vuelan sombreros, puros, abanicos, ramos de flores, dulces, pasteles, y todo ello acompañado por las palabras más afectuosas: - *Aventajado* (perfecto). *Viva el Gordito, ven acá salero*, expresión superlativa de cariño. *Hombre valiente, incomparable, tesoro de mi corazón, querido* y similares. El espada se prodiga en reverencias dirigidas al graderío, devuelve los sombreros, los bastones, los abanicos, agradeciendo siempre, muy contento y feliz.

Mientras acontece esta prueba de consideración, desde la barrera se deja caer el puntillero (cachetero), un hombre que, vestido de la misma guisa que los capeadores, se aproxima con la mayor cautela al toro, levanta un puñal *(cachetero)* que lleva en la mano, apunta a las sienes del vencido y le da el golpe de gracia. El toro es fulminado en el acto. – *Que se lo den, que se lo den*, comienza un coro de voces que se incrementa poco a poco hasta convertirse en un griterío ensordecedor. Que den el toro al espada, se lo merece, ha ejecutado una estocada insuperable. El *puntillero* recupera el puñal, le corta una oreja al toro y se la da al *espada* (lo que significa: el toro es tuyo); la coge, y en muestra de gratitud, se la lanza a los admiradores. Está de más referir que en este momento se reproduce una escena similar a la de la montera. En seguida se tocan las trompetas y se interpreta una marcha fúnebre. Se abren las puertas por donde han entrado los picadores, y a la carrera entran en la plaza cuatro magníficas mulas, enjaezadas como ya hemos visto, y acompañadas por una cuadrilla de chulos, que gritan con todas sus fuerzas y fustigan a las mulas con sus látigos, producen un estrépito increíble, retiran los caballos uno a uno, y luego el toro. Terminado esto, vienen unos chulos y recogen en una espuerta la sangre coagulada, las tripas y cualquier otro despojo.

- ¿Ha terminado?

- ¡Que va! el primer toro; pero hay otros cinco con los que continuar admirando la proeza.

- ¿Hoy?

- Por supuesto; seis toros por corrida.

- ¿Y caballos?

- No lo dude, en la cuadra hay bastantes, y luego están los heridos.

- ¿Ha dicho los heridos? ¡Desearía que aquellas pobres bestias con las tripas fuera volviesen a la Plaza!

- ¿Y por qué no? ¿No está el cirujano? ¡Si las tripas se pueden volver a colocar en su sitio, se vuelven a colocar, en caso contrario, paciencia! Se dejan colgar, y cuando le toque el turno al segundo toro, se hace salir a aquéllos los primeros: de mejor manera no se puede hacer.

- En efecto, exclamé horrorizado, de mejor manera no se puede hacer.

Atentos. ¡Un toque! Entra el segundo toro, hace los mismos estragos que el anterior. En ocasiones ocurre que el toro es de los que, como se suele decir, lo que toca lo destruye, y en poco tiempo se despacha una media docena de caballos. Un animal de estas características se adivina inmediatamente, es la peor desgracia que le puede caer a la empresa. Pero para todo hay compensación. Los capeadores, los cuales ciertas cosas las captan al vuelo, comienzan entonces a jugar con las capas, utilizando las manos y los pies.

Mulillas de arrastre.

El pueblo que viene exclusivamente a la corrida para ver sangre y más sangre, y sabe lo mucho que la capa agota al toro, en ese momento clama, vocea que quiere caballos, quiere que dejen de utilizar la capa. *¡Basta de capeo, caballos, caballos!* El empresario se hace el sordo y la bronca aumenta. – *No hay más caballos*. – Son excusas. *Que monten al empresario, si no hay caballos*. El empresario continúa fingiendo que no oye. - *¡Caballos, caballos*, chillan todos, *caballos!* - ¿Qué pasa? ¿Qué es esta confusión? – Por aquí uno se pone en pie, por allí otro, dos, tres, diez; bajan por el graderío, se disponen a salir; en los palcos sucede lo mismo; el ambiente es de tumulto: uno tira una botella al ruedo, otro el bastón, un tercero la silla. - ¿A qué juegan? *¡Calma, calma! Ya vienen los caballos.* Cada uno vuelve sobre sus pasos, recupera el sitio abandonado y así termina la cosa.
– Un picador abatido que haya dado con la cabeza en la barrera y luego se sostenga sobre el caballo a duras penas, y golpee como pueda y no como la norma exige, encuentra de inmediato quien le grite: - *Truhán, burro. Dadle una copa de agua que se va a desmayar*.
- *Burro es quien lo ha dicho*, grité hacia la zona de donde habían partido aquellas palabras.- *¿Qué hace? No sea imprudente,* me susurró mi amigo al oído: *todos estamos en nuestro derecho de desaprobar todo lo que no nos gusta: es una barbaridad el hacerlo, pero es un derecho, y quien no quiera sufrirlo, pues que no salga al ruedo. ¿O es que en su país no hacen lo mismo? - ¡Pero qué diablos dice, jamás!* - Y luego recordando que en mi país tenemos unos teatros donde la gente atildada, enguantada, perfumada, repulida y, ¿lo dice?, hasta educada se entrega sin escrúpulos al uso del silbido, exclamé totalmente avergonzado: *¡Y nosotros con tantos motivos para ser considerados bárbaros, aún no somos tales; es necesario decir que la justicia está mal concebida!*

A veces ocurre que el toro es cobarde, y que probada una vez la lanza, no quiera saber nada de arremeter de nuevo contra los caballos. Entonces surge un serio desconcierto: Hay quien vocea, quien menea la carraca, quien toca las trompetillas, quien silba, quien, con los puños apretados, amenaza de muerte al toro, y quien, blandiendo el bastón, pretende saltar al ruedo e interrumpir la fiesta. Sin embargo, la mayor parte de las veces una voz se eleva sobre el tumulto con un *"fuego"*, y todos al unísono: *fue-go, fue-go, fue-go. Banderillas de fuego*. Y el peligro decrece. Las banderillas de fuego son las banderillas descritas, a las cuales se les engancha una docena de cohetes que se encienden cuando la lanza penetra en la carne. - *¡Fuego!* gritan seis mil voces dirigidas al Alcalde. – *¡Fuego al Alcalde, fuego al empresario, que salga, que lo multen!* – El Alcalde ve concentrarse la tempestad sobre su propia cabeza, piensa en su integridad, en las imprudencias que pueden derivarse si continúa con su postura intransigente: hace una señal, y las banderillas de fuego son concedidas, y un par tras otro son clavadas en el cuello del toro. El efecto de esa nueva forma de laceración resulta tan bárbaramente eficaz que no podríamos haberlo imaginado. A veces, el espada no logra traspasar el cuello; por un retroceso o por cualquier otro imprevisto no consigue introducir la cuchilla hasta el corazón, o no le da tiempo a sacarla, y el toro corre por el ruedo con la mitad de la espada clavada en su carne. – *¡Anda a matar puercos!* vocean todos. *Ponte a estudiar para cura que adelantarás más*. - En ocasiones,

El matador y su cuadrilla.

caso rarísimo, no hay manera de poder matar al toro; el espada le ha dado tres, cuatro, diez estocadas, pero ha sido inútil; es necesario recurrir a una solución extrema. Se agarra una larga vara que termina en un enorme cuchillo atravesado y con forma de medialuna, y cuando el toro está dispuesto a embestir se le propina con este utensilio un golpe vigoroso en las patas delanteras, las cuales son sesgadas en el acto, superando de este modo la mayor dificultad del arte del toreo.

Dos palabras más. Alguien, en fin, podría apuntar que los toros no son este espectáculo de destrucción que describo. Los toros normales, no; pero aquí se habla de los que, desde las tres de la mañana hasta las cuatro de la tarde, hora de la corrida, están recluidos dentro de una especie de celdas, construidas a propósito para este uso, solos, apartados, alejados de los bueyes, en la oscuridad. Se sabe que el toro, cuando está con el buey, es dócil, noble, tranquilo, y parece la bestia más mansa de este mundo; pero sólo después que han pasado por lo que se podría llamar la prueba de fuego, el asunto es otro bien distinto. Tanto es así que la mayoría de los toreros no lo afronta si antes no ha puesto en orden las necesidades mundanas y celestiales; y no es casualidad que, muy cerca de la plaza, se erija una capilla donde, además del altar, hay dos camas y todo lo necesario con el objeto de tener preparado los primeros cuidados o los últimos consuelos.

Y acabo aquí, porque para referir todos los pormenores, habría que consumir mucha tinta, mucho papel, mucho tiempo y mucha paciencia por parte de los lectores.

Un momento: ¿y la finalidad de estos divertimentos? – Enhorabuena, también me pregunto yo por la finalidad de estos divertimentos, pero no hallo la respuesta. Solamente diré que es un pecado mortal que una preparación gimnástica tan estimable sea empleada para un fin tan poco edificante, y que un pueblo como el español, con todo cuanto tiene de amable y grande, disfrute con un espectáculo que en todos sitios es considerado una injuria contra la actual civilización. Que si se tiene en cuenta la influencia que semejantes espectáculos ejercen en el espíritu del hombre en general y del niño en particular, una carnicería, como la que tiene lugar en una corrida de toros, no puede por menos que disponer hacia la crueldad al espíritu más dulce.

Tras salir de la Plaza, encontré a un amigo que me preguntó:

- ¿Cómo le gustó a Usted la corrida?
No tenía respuesta que ofrecerle.
- ¿No es verdad que es una cosa bárbara?
- ¡Más que bárbara!
- Es una cosa que horroriza.
- Exactamente: ¿Quiere creerlo? No soy yo: estoy envilecido.
- Lo creo. ¿Cuándo nos volveremos a ver?
- El lunes.
- ¿Dónde?
- Diablos: en los toros.
- Ah, ¿usted vuelve a los toros?
- ¿Y quién podría resistirse?

Es una barbaridad, es una cosa que horroriza, es lo que vosotros queráis; pero quien ha estado en una corrida está obligado a volver. ¡Oh, conflictos psicológicos, qué incomprensibles sois!